

Era en un aposento espacioso, con chimenea y dos balcones; estaba adornado con elegante sencillez, notándose en todos los muebles y objetos que le decoraban el orden mas escrupuloso, lo cual probaba que la mano de una mujer ocupábase con asiduidad en el arreglo de aquella habitacion, donde casi siempre permanecia el noble extranjero.

En ambos lados de la chimenea habia estantes de libros, cerca de un balcon estaba la mesa, en el otro y sentados en dos silloncitos pequeños, veíanse á Ruderico y á doña Tecla, que contemplaban á su señor con dolorosa ansiedad.

Á la derecha de la puerta de entrada, unas magníficas colgaduras de damasco encarnado daban paso al dormitorio. Las paredes de la habitacion estaban tapizadas de una tela fondo carmesí, adornábanlas únicamente un gran espejo colocado encima de la chimenea y cuatro hermosísimos retratos que debian ser de parientes muy cercanos del conde, porque siempre los contemplaba con lágrimas en los ojos.

El primero representaba á una hermosa jóven cuya dulce y simpática fisonomía era tan pura como inocente, respirando sus facciones un candor tan extremado, que atraía insensiblemente, haciéndola asemejarse á una vírgen de las que el inmortal Murillo hacia aparecer bajo su mágico pincel.

Esta bella jóven tendria diez y siete años, llevaba el traje uniforme que usaban en las grandes solemnidades las educandas de un convento de Florencia.

El retrato que seguía á este, era de la misma señora, hecho algunos años despues y cuando las circunstancias de su vida debian haber cambiado notablemente, porque su rostro, ántes triste y mediatundo, expresaba la dicha; sus ojos de un azul diáfano y purísimo, fijábanse con maternal amor en un niño de corta edad que tenia en los brazos.

Los otros dos retratos eran el uno del conde de Cinkar, hecho en su juventud y poco ántes de casarse, y el otro del mismo niño que la señora tenia en los brazos. Este tendria de tres á cuatro años, y ya sin embargo denotaban sus facciones muchos rasgos semejantes á los del conde.

El anciano extranjero continuaba en su meditacion.

Doña Tecla, señalando á los cuadros, dijo á Ruderico en voz baja :

— Nunca me habéis dicho quiénes son esas hermosas figuras que tan admirablemente se destacan del lienzo, y que causan en nuestro amado señor una impresion profunda.

— ¿No lo habéis adivinado?

— La de este niño, sí; porque tengo sus facciones bien presentes para no haberle reconocido inmediatamente. Es de Arturo.

— Justamente; poco ántes de poner ese niño en vuestras manos, le hizo el conde retratar.

— ¿Y aquel otro que representa un caballero tan gallardo y airoso?

— El de nuestro amo, cuando tenia veinticinco años.

— ¡Oh! ¡cuán cambiado está! ¿quién diría que ese noble y triste anciano, cuyas abatidas facciones nos revelan un dolor grave y profundo, es ese mismo jóven lleno de satisfaccion y lozanía?...

— ¡Ah! las desgracias han hecho envejecer á nuestro buen amo ántes de tiempo, encaneciendo sus cabellos prematuramente y apareciendo en su rostro las huellas de la ancianidad y del dolor.

— ¡Infeliz! cada vez que considero la inutilidad de mis esfuerzos por devolverle su hijo querido, objeto de sus mortales ansias, lloro de desesperacion.

Efectivamente, la jorobada dejó correr algunas lágrimas á lo largo de sus mejillas.

Luego exclamó :

— ¿Y decidme, amigo mio, aquel niño que la señora tiene sobre la falda, es Arturo tambien?

— Lo habéis acertado.

— ¿Tendria poco tiempo cuando hicieron este retrato?

— Un año escaso.

— ¿La señora será la princesa?

— Sí, doña Berta de Florini, esposa del conde, y este otro tambien es de ella cuando estaba soltera y educándose en un convento, que fué donde la conoció mi señor.

— ¡Qué hermosa era! y sus facciones respiran bondad.

— ¡Era un ángel!

— ¿Y cómo esa infame mujer ha podido usurparla su nombre, presentándose en Italia cual si fuera ella misma?

— Porque en los estados de su padre no la conocían, pero ya están probablemente desengañados de su error, porque se han hecho sacar copias de ese retrato para que todos los súbditos de Florini conozcan á su verdadera señora.

— Debe ser una historia muy interesante y dolorosa la de nuestros señores, y muy terrible y novelesca la de esa mujer que ha tomado el título de princesa y cuyo nombre ignoramos. ¡La infame! ¡cómo ha sabido escapar del poder de la autoridad!

— ¡Ah! ¡no temáis, ella caerá! y sobre su diabólica cabeza veremos estrellarse, si no todo el poder de la ley, por lo ménos la inexorable mano de la justicia divina, de la que no escapa ningun criminal. Todo delincuente expía su delito, y la expiación de esa mujer debe ser muy grande.

Durante esta conversacion, el conde habia fijado los ojos en la agraciada figura de su hijo; de pronto, extendiendo las manos hácia él, gritó en un delirante arrebato :

— ¡Oh! ¡mi hijo!... ¡mi hijo!...

La jorobada y Ruderico le miraron con lástima. Este se levantó.

— ¡Siempre tan triste! le dijo acercándose; ¿cuándo calmarán vuestros dolores?

— Cuando ese hijo querido sea el apoyo de mi vejez; cuando haya recobrado su nombre y vengado el ultraje hecho á su desgraciada madre.

El acento del conde era sombrío; sus ojos vagaban con horrible movilidad.

— Y bien, señor; tenemos esperanza de conseguirlo muy pronto, arrancando la máscara á la usurpadora; calmaos pues, no os atormentéis de ese modo y esperad con paciencia el dia de la justicia.

— Sí, la máscara, cien veces se la hubiera arrancada, pero me faltan pruebas.

— No tardaremos en tenerlas.

— Entónces, cuando no me quede género de duda, iré á su brillante palacio y la diré: « baronesa de Pereival, llegó la hora de la expiacion, tú eres la finjida princesa, tú la infame que has arrebatado el nombre y las riquezas á mi hijo hundiéndolo en la desgracia, y vas á morir en un cadalso. »

— Bien lo merece.

— Debe ser muy grande su castigo; muy grande.

— Si á mí me dejáis imponérsele, será segun su culpa y los males que ha ocasionado.

— La autoridad es la encargada de vengarnos, haciendo justicia solamente.

— Es tan astuta, tan sagaz, que temo se nos escape.

— Ya la aseguraremos.

Doña Tecla, contenida por el respeto que su señor la inspiraba, no se habia atrevido á tomar parte en la confidencial conversacion de este con su fiel criado, sin embargo de que todo lo escuchaba.

La infeliz mujer se habia consagrado en cuerpo y alma al servicio del conde, impelida por la mas viva gratitud. Desempeñaba en la casa el cargo de ama de llaves, y tanto ella como Ruderico trabajaban á porfia con el doble objeto de encontrar al niño Arturo,

asegurando de aquel modo la tranquilidad del hombre generoso á quien debian tantos beneficios.

Nuestros lectores recordarán que cuando estos tres personajes estuvieron encerrados en el sótano de la casita de la calle del Sordo, la jorobada les hizo algunas confidencias relativas al odio que Flora profesaba á la familia de Pináres, y de los infames medios que puso en práctica para que fuesen asesinados el marqués y su hijo.

Mas tarde, cuando el conde los conoció en el teatro y supo la intimidad que con ellos tenia la baronesa de Pereival, tembló por su suerte, imaginándose que la amistad de aquella perversa mujer solo tenia por objeto labrar la perdicion de la familia.

Acaso era el único que la reconoció bajo su disfraz, adivinando que la baronesa y la princesa eran una misma persona; pero no se atrevió á comunicar á nadie esta sospecha hasta verla confirmada por una completa certidumbre.

Por esta razon calló, se propuso relacionarse con el marqués, á fin de prevenirle evitándoles la desgracia ó quizá la muerte.

En el momento en que nuestros lectores le han visto meditabundo y triste, pensaba en ellos y en su propia situacion. Devorábale una cruel impaciencia, y despues de un rato de silencio no pudo ménos de exclamar :

— ¡ Ay ! ¡ Ruderico , cuánto tarda tu padre en escribir !

— No estará ocioso, señor ; tenia que adquirir

noticias de Italia, de América y aguardar en Cádiz el arribo de la fragata *Santa Rita*; para todo esto se necesita tiempo.

— Es verdad, y que á tu padre no le gusta hacer las cosas á médias, y siempre nos mandará los documentos en toda regla, para que á esa mujer no quede ningun recurso por donde salvarse.

La puerta de la estancia se abrió, y apareciendo en el dintel un criado, entregó á Ruderico várias cartas que acababa de dejar el cartero.

— ¡El correo! murmuró el conde brillando en sus ojos un fugitivo rayo de esperanza.

— ¡Oh! ¡gracias á Dios! exclamó Ruderico.

— ¿Hay carta de tu padre?

— Sí, señor; un gran paquete.

— Serán los datos que aguardamos, dáme, dáme.

El conde con la ansiedad y la esperanza pintadas en su pálido semblante se puso á examinar aquellos papeles.

---

## CAPÍTULO XVII.

### DATOS IMPORTANTES.

—

Doña Tecla, temiendo que su presencia fuese importuna, no obstante que disfrutaba la plena confianza de su señor, salió de la estancia.

Embebido el conde en la lectura de aquellos documentos, no se apercibió de aquel incidente y continuó examinándolos. Á cada instante salía una exclamacion de sus labios, un grito ahogado de su pecho, ó un rayo de alegría brillaba en sus ojos.

— Toma, lee, lee, decia á Ruderico entregándole los papeles que ya habia leído. ¡Tu padre es todo un hombre!... No en vano deposité en vosotros mi cariño.

Á medida que el jóven iba enterándose de su contenido, dejaba correr por sus mejillas algunas lágrimas redondas y cristalinas como las gotas del rocío.

El conde lanzó un grito.

— ¿Qué hay, señor? exclamó el jóven mirándole alarmado.

— ¡Edelmira es mi hija!... murmuró con la voz temblorosa por la emocion.

— ¡Qué decís! ¿ese ángel de inocencia que la farsanta tenia en su poder?

— Sí, sí; esa niña es la que llevaba mi esposa al ir á reunirse conmigo.

— ¡Y la creíamos hija suya!...

— Debimos haberlo sospechado, porque nunca la tributó el cariño de madre.

— Es verdad.

Ruderico quedó profundamente pensativo.

— ¡Y tambien esta niña ha desaparecido! exclamó el conde estremeciéndose al recordar que por mas visitas que habia hecho á la baronesa, nunca pudo saber dónde la ocultaba.



— No importa, señor ; ojalá tuviéramos tan seguro al niño.

— Aunque ignoramos su paradero, ella no tendrá otro remedio que decirlo de grado ó por fuerza, puesto que la tiene en su poder, y el de mi pobre hijo, perdido en la infancia, no nos será tan fácil descubrir.

Esto es una felicidad para mí que llena cumplidamente mis afecciones de padre, y mis intereses de hombre. En Edelmira tengo una legítima heredera al principado de Florini, y puede tomar posesion de él hasta que parezca su hermano.

— ¿Qué idea se llevaria esa mujer en decir aquella noche á Pereival que Edelmira era hija suya, y que la de vuestra esposa la arrebataron las olas del embravecido Océano?

— Este documento lo explicará.

— ¡Oh ! ¡dadme !...

Miéntas amo y criado se entretenian en formar mil y mil conjeturas, explicaremos en resúmen los datos que arrojaban aquellos papeles, y de este modo podrán nuestros lectores enterarse con mas claridad.

El padre de Ruderico, ocupado hacia mas de un mes en toda clase de indagaciones, daba á su señor muchos y detallados pormenores de todo, siendo los mas importantes, los siguientes fragmentos :

« El navío *San Andres* salió de Cádiz con rumbo á la Habana el dia diez de noviembre de mil ochocientos treinta y nueve. Entre los muchos pasajeros

que conducía iban dos señoras, doña Flora del Palancar con su hijo Cárlos Pereival, niño de tres meses, y doña Berta Florini, heredera del principado de este nombre y esposa del célebre compositor italiano Giacomo Albertini : llevaba una niña de pocos meses, á la que nombraba Edelmira.

» Á los quince dias de su salida del puerto, naufragó el navío *San Andres*, pudiendo salvarse en una lancha únicamente estas dos señoras con sus hijos y algunos marineros, los cuales fueron recogidos á bordo de la fragata *Santa Rita*.

» La jóven princesa murió poco ántes de llegar á Cádiz, en cuya poblacion fueron depositados sus restos, en un humilde sepulcro conteniendo la lápida esta sencilla inscripcion : *Aquí yace Berta Florini ; murió en alta mar á bordo de la fragata Santa Rita, el 30 de noviembre de 1839.*

» Flora del Palancar, encargada por la moribunda de cumplir sus últimas disposiciones, se quedó con la niña Edelmira.

« En los primeros dias de diciembre, estuvo hospedada en una fonda titulada del Ángel, cuya dueña ha declarado que Flora del Palancar se presentó en su casa con una niña y un niño. Conservó á los dos muy poco tiempo ; pues un dia salió con su hijo y volvió sola, diciendo le habia dejado á una señora para que cuidase de él hasta su regreso de Paris, para cuyo punto salió efectivamente llevándose á Edelmira. »

Otro fragmento, tomado de una declaracion del capellan de la fragata, decia :

« Cuando fui llamado para prestar los últimos auxilios espirituales á la jóven princesa de Florini, me dijo esta señora, dándome una cantidad : « Deseo os encarguéis de hacer que mis restos sean depositados en tierra sagrada ; y quiero que se ponga mi nombre en la losa, para que si un dia mis hijos y mi esposo llegan á rezar sobre ella, puedan reconocerla. Quiero tambien que conste mi nombre y la salvacion de mi hija que entrego á Flora del Palancar, para que la ponga en brazos de mi padre y la haga reconocer heredera de los estados que me pertenecen. »

La dueña de la fonda del Ángel, declaraba en otro párrafo : « Que algunos años despues que Flora abandonó su casa, volvió otra vez ; estuvo buscando al niño que habia dejado, y no encontrándole ni tampoco á la mujer encargada de su cuidado, dió nuestras de la mayor desesperacion, oyéndosela exclamar muchas veces : « ¡ Oh ! ¡ sin mi hijo ya no puedo presentarme á mi esposo, me pedirá cuenta de él, y no podré ménos de confesarle : yo le abandoné por hacer que Edelmira apareciese como hija mia, y ahora que tengo seguras las riquezas y los estados de Florini, vuelvo á buscarle y no le encuentro !... »

No quiero molestar á mis lectores con el relato de los muchos y minuciosos datos que el conde recibió ; baste saber para la inteligencia de nuestra historia, que fueron tan amplios y completos, que no le quedó la mas pequeña duda de las intenciones y de las

intrigas de Flora ; comprendió el móvil que la impelia á conducirse del modo que lo habia hecho, y supo toda su historia casi completa ; pues la marquesa del Rio ya le explicó las aventuras de su juventud, su casamiento con Pereival, y los motivos que tuvo para odiar á la familia de Pináres.

— Hémos ya poseedores de los secretos de esa mujer, dijo el conde recogiendo con cuidado los papeles y guardándolos en una cartera.

— ¡ Y que tiene pocos misterios la tal Florita ! repuso Ruderico. ¡ Oh ! es una mujer diabólica.

— Ahora nos conviene disimular hasta apoderarnos de Edelmira ; entre tanto tu padre presentará en Italia todos estos documentos en debida forma con la partida de defuncion de mi querida Berta, para que esa mujer no pueda cobrar las rentas del principado, y sean detenidos los agentes encargados de recibirlas.

— Yo quedo en averiguar el paradero de Edelmira, dijo Ruderico.

— Pues entónces voy ahora mismo á casa del marqués de Pináres ; solo aguardaba estas pruebas para prevenirle que conozco á la falsa amiga que se ha introducido en su casa con el objeto de perderlos.

— Id pronto, señor, pues quizá sea tarde.

— ¿ Por qué dices eso ?

— Esta mañana ha muerto la anciana marquesa, y he oido decir que don Rogelio está gravemente enfermo.

— ¿ Qué dices ? ¡ Oh ! ¿ si esa mujer habrá empezado á vengarse ?

— Muy bien puede suceder, á ella lo mismo le da manejar el puñal que el veneno, y ya ha pretendido asesinarlos en las montañas de Navarra.

— ¡Oh! dáme, dáme pronto mi capa y mi sombrero.

— ¿Mando poner el coche?

— Es inútil, el exceso de mi celo por esa noble familia me hará acelerar el paso.

— ¿Os aguardo aquí?

— No, puedes ir á enterar á la marquesa del Rio para que nos ayude á exterminar á esa serpiente.

El conde salió con precipitacion.

Rudérico se preparaba á cumplir sus órdenes, cuando se acercó á él doña Tecla gritándole muy asustada :

— ¡Oh! venid, venid, señor Rudérico.

— ¿Qué hay?

— Mirad, en el balcon de esa casa de enfrente está la fingida princesa.

— ¿Tenéis razon, y quién es la mujer que la acompaña?

— Yo la conozco y no puedo recordar quién es; pero ¡ah! ya lo sé; aunque viste como una señora, no se me olvidan sus facciones, es la Corneja.

— ¿Y quién es la Corneja.?

— La dueña de la hostería de Lavapiés, donde fuimos á buscar á los bandidos.

— Sí; su principal cómplice, la encubridora de todas sus maldades, exclamó Rudérico.

— ¡Ya se van!...

— Dejadlas; pero os recomiendo hagáis este balcon un punto de observacion. Necesitamos saber todo lo que hacen, y seguir sus pasos.

La jorobada, escondiéndose entre las colgaduras, continuó espiando.

Ruderico salió del aposento.

---

## CAPITULO XVIII.

### AMOR MATERNAL.

---

Casi al mismo tiempo que examinaban los documentos el conde de Cinkar y Ruderico, tenia lugar una escena tiernísima en casa de Leticia.

La noble viuda de Enrique Simon se habia trasladado á su casita de la calle de la Libertad, tan luego como tuvo la dicha de abrazar á sus queridas hijas.

No hago á mis lectores la descripcion de esta poética y elegante casita que tantos recuerdos encerraba para Leticia, porque la encontrarán muy detallada en el t. II, cap. xxxvii de *La Pastora del Guadiela*, cuando las niñas tenian tres años y jugueteaban al rededor del anciano paralítico, ya en el rústico cenador ó en la encantadora pajarera, donde mil y mil avecillas entonaban sus melodiosos cánticos.

Todo se conservaba en igual estado, pues aunque

Leticia no habitó aquella casa, adquirió su propiedad tan luego como fué esposa de Simon, y habíala siempre conservado con el mayor esmero, siendo el santuario donde en sus momentos lúcidos iba á llorar la pérdida de sus hijas. Por eso al recobrarlas, su primer pensamiento fué volver allí donde se deslizó su risueña infancia. y cuyo sitio recordaban vagamente.

En el mismo cenador donde por primera vez conocimos á Leticia cumpliendo con tiernísimo anhelo sus deberes de hija y practicando, segun ella con tanta gracia decia, *la virtud por egoísmo*, volvemos á encontrarla otra vez; solo que ahora las niñas que la rodean son unas jóvenes hermosas y gallardas, y entónces eran unos ángeles de cándida y pura inocencia que apénas contaban tres años.

— ¿Conque tú, ángel mio, eres la que conservas un recuerdo mas vivo de este cenador? dijo Leticia á Rosa enlazando sus delgadas y blancas manos á la flotante cabellera de la jóven.

— Sí, madre mia, siempre á mi mente se ha presentado vuestra imágen velando al pié de mi cuna, y este paraje delicioso, donde contemplábamos á todas horas la inmóvil y pálida figura de un anciano.

— ¡Era mi padre! á quien yo cuidaba y atendia con el mismo esmero que á vosotras, ¿y tú, Emelina, no recuerdas nada de todo esto?

— ¡Oh! sí; pero muy vagamente; mi memoria es mas débil que la de mi hermana, y ha dejado escapar algunos detalles.

El verdadero nombre de Flor del Espino, era Eme-

lina, el de Rosa, Blanca ; su madre no quiso volver á nombrarlas con los que el capricho de la Corneja las habia bautizado. Nuestros lectores lo tendrán presente, pues en adelante continuaremos conociéndolas por Blanca y Emelina.

— ¡Oh ! ¡venid las dos y apoyad vuestras cabezas sobre mi seno !... quiero contemplar estos ojos, estas facciones tan bellísimas... ellas han devuelto la luz á mi combatida razon que ha estado en tinieblas por espacio de diez y siete años.

Leticia, sentada en un sillón y las jóvenes á sus piés en una banqueta, formaban un grupo encantador. Aquellas tres celestes criaturas se acariciaban mutuamente con deliciosa embriagez, y olvidándose de sus pasados sufrimientos, sólo pensaban en su amor, en mirarse con idolatría y en tener de continuo enlazadas sus manos con la ternura mas íntima y dulce.

Blanca era entusiasta por el cariño maternal y le recibió en su alma con avidez, borrando este santo afecto casi todas sus anteriores impresiones. Mucho perdió Carlos en el corazón de la joven ; su para ella, incalificable ausencia, su aparente desvío, y luego las noticias que tuvo de que habia escapado con las riquezas de la Colasa, hicieron que la noble y generosa niña se avergonzase de haberle amado, y reconcentrase desde aqual momento toda la ternura de su corazón en la amorosa madre que acababa de encontrar.

No sucedió lo propio á Flor del Espino ó sea Emelina. Su pasión por Rafael, y el temple de su alma,



eran diferentes á las de su hermana, y léjos de entibiarse con la ausencia creció gigante y poderoso su frenético amor por el prometido esposo de Honorata.

Nada sabia de él, ignoraba su paradero, y sin embargo le amaba con delirio y continuaba alimentando la esperanza de ser feliz y de verle como otras veces á sus plantas tan sumiso y apasionado, jurándola una constante adoracion.

La infeliz seguía creyéndole un secretario del marqués de Pináres, ignorando la alta clase á que pertenecía. En esta creencia se alegraba haber encontrado á su madre, y deseaba por momentos poderle decir : « ya podemos entregarnos sin recelo á nuestro amor, pues estamos libres de la odiosa dependencia de la horrible mujer que nos arrancó del seno de nuestra madre. »

Embebida constantemente en estos pensamientos, no acogia con la franca y alegre efusion de su hermana las caricias de Leticia : esta lo conoció, y lá dijo estampando en su frente un tiernísimo beso :

— ¿ Qué tienes, Emelina mia ? ¿ tú padeces ?

— ¡ No lo creáis !...

— Sí, sí ; cuéntame todas las sensaciones de tu corazón ; ¿ quién mejor que una madre podrá mitigar tus penas y acrecer tus alegrías ?

— Querida mamá, yo os diré lo que tiene Emelina, repuso Blanca incorporándose con viveza.

— Deseo poseer todos vuestros secretos.

— Pues bien, está enamorada ; sabedlo de una vez.

— ¡ Tú enamorada ! ¿ pero será digno de ti el ob-

jeto de tu amor? dijo Leticia estremeciéndose al recordar que sus hijas habian permanecido mucho tiempo en una hostería y alternando con personas de malisimos antecedentes.

— Es un noble jóven, se apresuró á decir Blanca.

— Lo creo; es demasiado elevada el alma de mi Emelina para fijarse en nada que sea bajo ó impuro.

La niña, sonrojada, dejó correr una lágrima.

— ¡ Y llora! ¡ miren qué duelo! exclamó Blanca alegremente. Tú siquiera puedes conservar la esperanza de ser feliz, porque tu amante es honrado, digno y tiene una posicion muy decente.

— ¿ Y quién es? sepamos, dijo Leticia.

Blanca, con la natural viveza de su carácter, iba á responder, y su madre, poniéndola un dedo en los labios, dijo :

— Que lo diga tu hermana, así disipará esa turbacion que la ha hecho enmudecer.

— Temo no aprobéis mi eleccion, murmuró ; Rafael es pobre y solo cuenta con el apoyo de una ilustre familia.

— La pobreza ni la posicion, no es obstáculo, hija mia; yo era una modista viuda; con el trabajo de mis manos atendia á vuestra subsistencia y á la de mi padre, y sin embargo mi pobre Enrique, hijo segundo del marqués del Rio, no tuvo inconveniente en casarse conmigo, adoptándoos por hijas suyas.

— ¿ Luego habéis tenido dos esposos? dijo Blanca.

— Sí; con el primero apenas estuve casada un año, y cuando murió quedé embarazada de vosotras,

que sois gemelas; pero dime, Emelina, ¿quién es tu amante?

Blanca habia quedado pensativa.

— Se llama Rafael, contestó la jóven, y es secretario del marqués de Pináres.

— Ámale, pues, sin temor; porque es una garantía de su honradez el permanecer en la casa de unas personas tan ilustres como virtuosas.

— Decidme, madre mia, exclamó Rosa, ¿me parezco á mi padre?

— Mucho; ¿mas, por qué me haces esa pregunta?

— Os lo diré; una señora que nos ha protegido en nuestra desgracia y nos ama mucho, tiene la idea de que somos hijas de un hermano suyo, y siempre me ha repetido que me parezco á él de una manera admirable.

— Yo nunca conocí á la familia de vuestro padre, pero es fácil saberlo; ¿cómo se llama esa señora?

— Doña Aurora.

— ¿Y el apellido?

— Lo ignoro.

— ¿Quién es? ¿dónde vive? iremos á verla, descubriremos este misterio.

— Su hijo, don Constantino López, es pintor y tiene su estudio en la calle de la Cruz.

— ¡Oh! le conozco mucho; precisamente está haciendo mi retrato.

— Lo sé; porque en su casa os vi la primera vez, cuando mi corazon me gritó, « esa es tu madre » y me hizo seguir el coche en que ibais.

— ¡Hija de mi alma! tambien el mio tuvo igual presentimiento.

— ¿Queréis que vayamos esta tarde?

— Sí, al momento; deseo darles gracias por la proteccion que os han dispensado.

— Entónces, Emelina, ven conmigo; vamos á vestirnó.

Las dos jóvenes, besando con ternura á su madre, se cogieron de la mano, y saltando de alegría entraron en las habitaciones interiores, despues de haber saludado á la marquesa del Rio que entraba en aquel momento.

— Vengo, mi querida Leticia, para que me acompañéis á casa del marqués de Pináres, dijo la del Rio.

— ¿Pues qué sucede?

— ¡Una horrible desgracia! ha muerto doña Juana; y su hijo, á consecuencia de este inmenso dolor, se halla en un estado lamentable. Aprecio mucho á esta familia y deseo acompañarlos.

— Vamos, tambien yo tengo un placer en ello; pero no quiero separarme ni un momento de mis niñas.

— Que vengan tambien; Honorata es como ellas una niña, y simpatizarán desde luego.

— Corriente, en seguida iremos.

— ¿Sabes, Leticia, que hay una señora que tiene un empeño vivísimo por conocer á tus hijas?

— ¿Y quién es?

— La baronesa de Pereival.

— No quiero verla.

— Conociendo la antipatía que la tienes, me he negado á darle las señas de tu casa, y depues me he alegrado muchísimo.

— ¿Si? ¿luego sois de mi opinion?

— Acabo de ver al criado del conde de Cinkar, y me ha revelado cosas terribles.

— Mi corazon la odiaba por instinto y tenia razon.

— En fin, ya te lo contaré. Ahora vámonos, que se hace tarde.

Poco despues partieron las cuatro en el coche de la marquesa.

---

## CAPÍTULO XIX.

### AGONÍA Y ENLACE.

---

Al llegar el conde de Cinkar al palacio de Pináres, una escena tristísima y desconsoladora se presentó á sus ojos.

Al pié de la escalera estaba la silla de posta en que Rafael acababa de llegar, y en el primer salon abrazaba el trémulo jóven á su madre que le recibió en sus brazos anegada en llanto. Honorata, pálida y silenciosa, contemplaba el interesante grupo, y el conde tambien permaneció inmóvil en medio de la estancia.

— ¡Madre mia! ¡madre mia!... ¿y mi pobre abuela? ¿y mi padre? murmuraba Rafael sollozando.

— Has llegado tarde para recibir su bendicion, hijo mio.

— ¿Pero mi padre?...

— ¡Ah! medio loco de dolor, pretende seguir su huella, dijo la marquesa desprendiéndose de los brazos de su hijo y cayendo medio desmayada en un sillón.

— ¡Eso es imposible! su vida pertenece á su esposa y á su hijo; yo á fuerza de caricias mitigaré su amargura. ¿Dónde está?

El impetuoso mancebo quiso lanzarse al dormitorio del marqués, y se detuvo á un signo de su madre.

— Espera.

— ¿No puedo verle?

— Ahora no.

— ¿Por qué?

— Se halla en el tribunal de la penitencia.

— ¡Dios mio! ¿tan grave está que necesita los auxilios espirituales?

— ¡Ah! mucho; es un nuevo golpe con que el Señor quiere probar nuestras fuerzas.

La cabeza de Rafael se inclinó sobre su pecho, y de sus hermosos ojos desprendiéronse raudales de lágrimas.

Honorata hizo una seña al conde invitándole á sentarse á su lado, lo cual hizo inmediatamente, respetando ambos el inmenso dolor de aquellos amables y desventurados seres que confundieron sus lágrimas en un estrecho abrazo.

— ¿Y la baronesa de Pereival no ha venido? preguntó el conde en voz baja á la jóven.

— Tambien tenemos ese disgusto; mi amada tia no ha venido por aquí, lo cual es muy extraño y temo la haya acontecido alguna desgracia. Ahora voy á mandar á buscarla, pues me ha prometido ser la madrina de mi boda, y nos van á desposar ántes de una hora, segun lo tienen dispuesto mis queridos protectores.

— No faltará quien ocupe su lugar mas dignamente; dejadla, su ausencia es provechosa.

— ¿Qué decís?

— Ya lo sabréis con el tiempo; entre tanto guardaos de esa mujer, considerándola como enemiga implacable y cruel.

— ¿Tambien vos sospecháis de ella?

— No, hija mia; mi opinion no se funda en sospechas, sino en realidades apoyadas en documentos auténticos y verdaderos.

— ¡Oh Dios mio!... murmuró Honorata con desaliento y cubriéndose la cara con las manos.

Un sacerdote se presentó en el salon.

— ¿Cómo queda mi esposo? le preguntó con ansiedad la marquesa.

— Bastante tranquilo, y aguardando con ansiedad la llegada de su hijo, pues desea por momentos verle unido en santo lazo á su jóven prometida.

— En este momento acaba de llegar, y todo está pronto para celebrar el desposorio. Voy á participárselo.

— ¿Os acompaño, madre mia? dijo Rafael adelantándose.

— Sí, sí, ven.

Apoyándose en su brazo, salieron del salon.

El suntuoso lecho donde descansaba Rogelio, hallábase colocado en un espaciosísimo y elegante dormitorio, con balcones á la Carrera de san Jerónimo, y en el centro una magnífica chimenea.

Muy próximo á la cama habian colocado un altar donde, entre otras várias esculturas de un mérito superior, se destacaba un crucifijo de plata y pedrería de un valor inmenso, preciosa joya que se conservaba en la casa de Pináres desde tiempo inmemorial, y que solo en casos de gran solemnidad era trasladado desde la especial capilla donde se veneraba á la pieza en que se hallase el enfermo.

En el portátil altar, se veían los ornamentos sagrados que eran puramente indispensables para celebrar un desposorio, y administrar al propio tiempo el Santo Viático y la Extremauncion á un moribundo.

Y en efecto, al ver el contraido y cadavérico semblante del marqués, comprendíase desde luego que se hallaba en una penosa agonía, viendo en él impresas las huellas de una muerte prematura.

Despues de la confesion quedó un poco aletargado.

La marquesa y su hijo contemplábanle con desconsoladora tristeza.

¡Oh! ¿es posible que solo el sentimiento de la muerte de su madre haya obrado en su ser una revolucion tan espantosa?



— ¡Hace pocos dias convencido de la irreparable pérdida que íbamos á sufrir, vi sin embargo reflejarse en su frente la dolorosa calma de un mártir y la resignacion de un cristiano ! dijo la marquesa contestando á la exclamacion de Rafael.

— Mi querida María , ¿ estás á mi lado?... murmuró con voz débil Rogelio.

— Sí, esposo mio, no me separo de ti.

— ¡ Ah! ¡ gracias ! ¿ y Rafael ?

— Aquí, ¡ padre mio ! acabo de llegar en este momento.

¡ Hijo de mi alma ! ven ; acércate.

El jóven, haciéndose superior á su honda pena, abrazó á su padre animándole y fingiendo una serenidad que estaba muy léjos de sentir.

— ¿ Estás pronto á ser esposo de Honorata ?

— Siempre lo estuve, y mas hoy que tanto lo deseáis.

— Entónces que se efectúe al momento vuestro matrimonio.

— Todo está dispuesto y solo esperábamos á la madrina.

— Que otra ocupe su lugar.

— Corriente, tranquilízate y procura descansar algunos minutos.

— Imposible ; hasta que mis hijos hayan recibido mi bendicion y la del sacerdote, no puedo entregarme al reposo.

Rafael salió, obedeciendo una indicacion de su madre.

Veinte minutos despues, hallábanse arrodillados al pié del altar los jóvenes prometidos.

La estancia se habia llenado de varios amigos íntimos de la casa y de los mas antiguos y fieles servidores.

De las últimas entraron la marquesa del Rio, Leticia y sus hijas, y no siéndolas ya posible adelantarse á saludar á la marquesa, permanecieron con Aurora y doña Graciana cerca de la puerta.

— Explicadme qué significa esto, dijo la marquesa del Rio á la doncella de Honorata ; pues yo creí que se trataba únicamente de administrar al enfermo el Santo Viático .

— Es que el señor marqués se ha empeñado en que se verifique al propio tiempo el desposorio de su hijo con la señora condesa.

— ¿Es hijo del marqués el que se casa? preguntó Flor del Espino, sintiendo una emocion extraña, sin embargo que aun no habia reconocido á Rafael por hallarse de rodillas delante del altar é interponerse entre ellos várias personas.

— Sí, señora, don Rafael de Pináres.

— ¿Rafael habéis dicho ?

— Es el nombre del marquesito.

Una idea terrible cruzó por la mente de aquella desventurada.

Púsose pálida como la muerte, y se apoyó trémula y convulsa en el brazo de su hermana.

— ¿Qué tienes? la dijo esta.

— Adelantémonos, quiero ver el rostro de los novios.

— Ya son esposos, dijo doña Graciana viendo que la ceremonia habia terminado y adelantándose para felicitar á su jóven señora.

La marquesa del Rio y Leticia la siguieron.

Emelina y Blanca ya se hallaban cerca del altar.

La de Pináres tenia estrechamente abrazados á los recién desposados, y los tres se inclinaban hácia el lecho de Rogelio.

— Arrodillaos y recibid mi bendicion, dijo este con voz moribunda.

Los jóvenes obedecieron en silencio.

Todos los circunstantes lloraban, y en medio del silencio mas absoluto, que interrumpia únicamente algun ahogado sollozo, pudo el enfermo pronunciar estas palabras :

— ¡Yo os bendigo en el nombre de Dios!... sed felices...

No pudo proseguir; el estertor de la agonía embargaba su voz.

Rafael se levantó, y al volverse para enjugar sus lágrimas, se halló frente á frente con Emelina.

— ¡Flor del Espino! murmuró aterrado y pálido como un cadáver.

— ¡Rafael! gritó la infeliz, con un grito exhalado de lo mas profundo de su alma.

— ¡Oh! ella! Madre mia!... madre mia!... exclamó Honorata refugiándose en los brazos de su madrina.

La desgraciada hija de Leticia cayó sin sentido sobre la alfombra.

Al propio tiempo que ocurría esta escena, Flora, ignorante de cuanto pasaba, se había presentado en el salón.

De entre el grupo de criados, salió una jóven y la dijo al oído :

— Señora, ya están casados.

— ¡ Maldiccion ! murmuró crispando las manos hasta el punto de romper el guante con las uñas.

— El marqués ha bebido el agua que dió la muerte á su madre, y se halla moribundo ; ¿ no está completa vuestra venganza ?

— No ; necesito á todo trance la cabeza de Honorata.

— Está noche la tendréis ; pero huid, porque estáis descubierta.

— ¿ Quién ha podido descubrirme ?

— El señor conde de Cinkar ; pero huid, huid ántes que os vean.

La baronesa desapareció rápidamente, y al ir á volverse su interlocutora, fué detenida por Ruderico, á cuya penetracion no se escaparon algunas frases de aquel secreto diálogo.

— Dejadme, gritó la jóven.

El vigoroso mancebo, léjos de soltarla, la arrastró con fuerza fuera del aposento, y encerrándola en una habitacion se guardó la llave.

Média hora despues de tan borrascosa escena, el mas tétrico silencio reinaba en el palacio de Pináres.

El marqués había muerto, acongojado por horribles convulsiones.

Una voz se pronunció entre los circunstantes que

corrió de boca en boca con la rapidez del relámpago, y todos exclamaban con dolor :

— ¡El marqués y su madre han muerto envenenados!!!...

Cuando se buscó á la envenenadora que Ruderico encerró en una de las habitaciones, no pudo encontrársela, se habia descolgado por el balcon atando á los barrotes algunas prendas de vestir, que la facilitaron un rápido y feliz descenso.

---

## CAPITULO XX

### LA QUINTA DEL JARAMA.

---

Nuestros amables lectores desearán saber la causa que motivó la ausencia de Flora en el palacio de Pináres, precisamente en los dias que mas falta hizo para llevar á cabo su pérfido plan.

Vamos, pues, á satisfacer tan justa curiosidad; empero para esto es necesario sigamos á Carlos cuando, separándose de la señora Gervasia, se dirigió con precipitacion á la fonda en que se hospedaba.

Mandó preparar su silla de posta. Luego, dirigiéndose á su habitacion, se sentó en la mesa de escritorio y estampó en una hoja de papel las siguientes líneas:

« Mi querido Sebastian : mi repentina ausencia te

habrá sorprendido haciéndote formar juicios demasiado aventurados quizá ; te ruego los suspendas hasta nuestra próxima vista ; en tanto espero de tu buena amistad me dispenses el obsequio de averiguar quién es una señora llamada doña Flora del Palancar, que en diciembre de mil ochocientos treinta y nueve dejó en Cádiz un niño de pocos meses al cuidado de Tadea Marin.

» Con vivo anhelo deseo conocer á esta señora, y por el interes que demuestro sospecharás que trato de encontrar á mi familia, siendo este el principal motivo que me aleja de tus brazos.

» Adios, siempre tuyo

» *Cárlos.* »

Cerró este billete, le puso el sobrescrito y lo mandó con un criado á casa del jóven pintor.

Luego, levantándose con celeridad, bajó la escalera. Ya le aguardaba la silla de posta, y poco despues recorria rápida como el relámpago el camino real en direccion á la quinta del Jarama.

Nuestros amables lectores ya conocen esta magnífica posesion ; pues es la misma que describo extensamente en el capítulo VIII del tomo I de *La Pastora del Guadiela*, y en la cual tuvieron lugar muchas escenas interesantes con los amores de Rogelio, y muchas intrigas de parte de Flora.

Nada habia variado en ella en el curso de diez y siete años. Únicamente los árboles eran mas pomposos y corpulentos, y los que formaban calle desde el camino á la puerta de la quinta se habian elevado á

una altura inmensa, entrelazándose en lo alto su ramaje, y apareciendo por bajo una bóveda natural y sumamente caprichosa.

Á lo léjos distinguíanse las huertas, y en su centro el rio Jarama que las atravesaba como una cinta de plata; á la derecha estaba la puerta que daba al campo, y por la cual escapó del furor de Flora la inocente Isabela.

Hácia este sitio encaminaban sus pasos Edelmira y Lisa con demasiada frecuencia, aguardando siempre que apareciese por allí una persona cuya tardanza las impacientaba muchísimo.

— ¡ Cuánto tarda Cárlos en venir ! murmuró Edelmira.

— Quizá cuando ménos lo pensemos esté aquí, contestó Lisa invitando á su jóven señorita para que tomase asiento en un banco de piedra.

— Sí, sentémonos ; te confieso que el sufrimiento va agotando mis fuerzas y no puedo tenerme en pié.

— Si os dejáis abatir, nada hemos conseguido ; ahora mas que nunca necesitáis demostrar un valor enérgico.

— Lo conozco y no lo puedo remediar. ¡ Acaso no habrá otra jóven que se halle en la posicion mia ! Es muy triste, muy doloroso, tener una madre que me aleja de su lado como un obstáculo, como un mueble inútil que se destierra porque su presencia es innecesaria ó enojosa. Un padre que me finge ternura, y á lo mejor cuando le hago una pregunta sobre mi suerte, sobre mi porvenir, se encierra en un absoluto

silencio sin dar un momento de tregua á mis mortales ansias. Á veces pronuncia frases incomprensibles que me aterran, cuyo sentido no comprendo, y lo que mas me atemoriza es la especie de fascinadora autoridad que su secretario ejerce sobre él. Ese hombre, que tiene mas trazas de bandido que de caballero, le hace temblar con una sola mirada, y mi padre le obedece con la sumision de un niño.

¡ Ah! Diosmio, yo no puedo sugetar las impresiones de mi corazon; aborrezco á esos dos hombres y me avergüenzo de llamar padre á un anciano sin dignidad, sin carácter, sin energía; su frente no se levanta erguida jamas, y en sus facciones solo se lee la degradacion y el abatimiento.

Los ojos de la pobre niña eran dos raudales de lágrimas; la palidez de su rostro acrecia, y con ella su amargo desconsuelo.

— Para evitar esos momentos tan crueles debéis uniros cuanto ántes á don Carlos, y en cuanto seáis su esposa marchar á Italia á reclamar, como legítima heredera de los estados de Florini, el rango que os pertenece.

— Yo no sé por qué mi madre huye de su país, siendo allí la soberana y pudiendo disfrutar entre sus vasallos una paz envidiable.

— Callad, señorita, y enjugad por Dios esas lágrimas, que ya viene doña Crispina.

— ¡ Otro tormento! estar bajo la dependencia de esa cócora de solterona, que no me deja dar un paso



en libertad, y espía y censura todas mis acciones atormentándome continuamente.

— Miétras no tengamos mas que á ella, estamos bien ; al fin y al cabo, tiene sus debilidades y podremos burlar su vigilancia escapando con dos Cárlos cuando todo esté dispuesto para la boda.

— Dices bien ; el fingimiento es preciso muchas veces para vivir en el mundo.

Las dos jóvenes se adelantaron á recibir á la solterona, que resguardándose de los rayos del sol con una enorme sombrilla encarnada, llegó hasta ellas rendida y sin aliento para respirar.

— ¡ Jesus ! que sofocada venís, doña Crispina, dijo Lisa.

— ¿ Qué ocurre, aya mia ? preguntó Edelmira con su natural dulzura.

— ¡ No puedo mas ! me ahogo ! .... ¡ una hora buscándoos por todas las huertas y jardines !... ¡ estoy muerta de fatiga y he llevado un susto atroz !...

— ¿ Susto ? ¿ y por qué ?

— ¡ Toma ! ya creía la princesa que os he dejado escapar.

— ¡ Qué sospecha tan injusta ! ¿ he dado motivo á ella ?

— ¡ Qué sé yo ! la señora tiene unos modos de expresarse que la confunde á una.

— ¿ Pero dónde está mi mamá ? ¿ ha venido ?

— Acaba de llegar con el baron, y os busca como yo por todas partes.

— ¡ Ah ! ¡ corramos á su encuentro !... ven, Lisa, ven.

La ternura de la jóven y el deseo de abrazar á su madre la hizo olvidarse de todo. Esperaba encontrarla tan amante y afectuosa como á su despedida para Valle-Real, y en esta idea recorrió con vivo anhelo casi toda la posesion hasta que la distinguió cerca del Jarama, donde rendida y sin aliento ya, se habia sentado á descansar.

Pereival estaba detras de ella en la actitud de un criminal que espera la sentencia de su juez, y oyendo con la cabeza inclinada sobre el pecho sus reconven- ciones y sus sátiras.

Al llegar á la quinta, y no encontrando en ella á Edelmira, se imaginó si habria realizado su proyecto de escapar con Cárlos á Italia. Entónces su furor no tuvo limites, y se desató en improprios contra doña Crispina y contra el mismo Pereival, porque no tomaron las precauciones necesarias para evitarlo.

Como su cólera tardaba mucho en desahogarse, no habia pasado la tormenta cuando se presentó Edel- mira, y en igual de acogerla con el tierno cariño que la infeliz esperaba en su madre, la recibió brusca- mente.

— ¡ Madre mia !

— Aparta.

— ¿ Señora, en qué os he ofendido ?

— Has incurrido en mi desagrado.

— ¡ Ah ! una madre siempre perdona, y si he co- metido inadvertidamente alguna falta, habrá sido fiada en vuestra indulgencia y bondad.

— ¡ Objeciones á mí ! de cuándo acá tan atrevida ?

— ¡Oh Dios mio! murmuró Edelmira dando rienda á su comprimido llanto.

— Antes ofensas y luego zalamerías. ¡Apartad de mi presencia! Doña Crispina, conducid á su aposento á esta hija desobediente, que sin la autoridad maternal dispone de su corazon.

— ¡Todo lo sabe! murmuró Edelmira en su interior, sin atreverse á pronunciar una palabra.

Los ojos de la princesa brotaban chispas. La ira coloró sus mejillas y puso temblorosos sus labios.

— Sin mi permiso no volveréis á bajar á los jardines. ¡Cuidado! y vos, doña Crispina, no la dejaréis sola ni un solo momento.

— Descuidad, señora, serán cumplidas vuestras órdenes, dijo la solterona, dirigiéndose hácia la quinta, seguida humildemente por la afligida niña.

Lisa vió estallar la tempestad desde léjos, y no quiso acercarse; escondida detras de un árbol escuchó la reprimenda, y en vez de seguir á su señorita, volvió ligera como un gamo al banco de piedra donde habian estado sentadas y desde el cual se distinguía el campo y el camino por donde aguardaban ver aparecer á Cárlos.

— ¡Infame! decia para sí la doncella, ¡ahora la encierra! ¡Oh! ¡yo la libraré de su odiosa tiranía!... ¡esclavizarla de ese modo! Cuando lo sepa don Cárlos, no tendrá límites su furor, y tomará una venganza cumplida.

Embargada en estas ideas, dejó correr las horas hasta el momento que con un júbilo extremado vió pararse un coche en lo alto del camino.

Un caballero de alguna edad, con enormes patillas y larga peluca gris, se apeó, encaminándose solo hácia la puerta donde ya Lisa aguardaba con curiosidad.

— ¡ No es él ! murmuró esta desanimada.

Instantes despues le reconoció con viva alegría.

---

## CAPITULO XXI

¡ OH ! MI MADRE !

---

Flora, para presentarse á Edelmira en la quinta del Jarama, habia tenido que adoptar nuevamente el disfraz de princesa, con el que se hallaba bastante comprometida, á causa de las activas pesquisas que se hacian por encontrarla. Por lo cual, tan luego como la niña desapareció con el aya, dijo á Pereival :

— Me marchó á Madrid inmediatamente ; quedáis al cuidado de esa rebelde criatura, y os encargo la mas estricta vigilancia, porque si llega á efectuar su fuga con ese diabólico Cárlos, somos perdidos.

— Id tranquila.

— Eso nunca ; no lo estaré hasta ver asegurado bajo los hierros de una prision á ese mancebo audaz.

— Lo cual es muy fácil conseguir.

— ¡ Ah ! sí, y no se tardará mucho tiempo. Mi vo-

luntad es soberana, y me basta exponer un deseo, para verlo en seguida realizado.

— Tenéis razon ; ¿ quién puede oponerse al oro y á una voluntad decidida ?

El orgullo de Flora la hacia forjarse ilusiones, creyendo que sus planes de venganza se ejecutarían segun sus órdenes, sin contar con que la Providencia vela siempre por el inocente, y hace sufrir al malvado el justo castigo de sus crímenes.

Percival la acompañó á tomar el carruaje que la esperaba en el parterre de la quinta.

Se colocó en su asiento ; despues de recomendarle de nuevo no perdiese de vista á Edelmira, partió con rapidez, prometiendo volver al dia siguiente, con objeto de no separarse de la quinta hasta conseguir la captura del mancebo.

En tanto, la triste Edelmira llegó á su aposento, y se arrojó en el lecho anegada en llanto.

— Vamos, señorita, no hay motivo para que os aflijáis de ese modo, la decia doña Crispina ; la señora princesa solo quiere vuestra felicidad, y como dice el adagio, quien bien te quiera te hará llorar.

— Señora, dejadme, y no aumentéis mi dolor con vulgaridades que no estoy de humor para escuchar.

— ¡ Hola ! ¿ conque deseáis alejarme ? pues ya habéis oido la orden terminante de la señora, y no os perderé de vista ni un momento.

— Vuestro espionaje podéis ejercerle desde la pieza inmediata ; aquí estoy en mi lecho, donde busco el descanso, y no me deja disfrutarle vuestra presencia.

La indignacion y el colmo del sufrimiento habian agotado la paciencia de la pobre mártir, y enjugando su llanto, se propuso apelar á toda clase de ardides para conseguir su vehemente anhelo.

Tan luego como doña Crispina salió del dormitorio y tomó posesion de una cómoda butaca en el gabinete, la jóven corrió las cortinas del lecho, y deslizándose por la parte opuesta con suavidad entró en una piececita que la servia de tocador y que tenia ventanas á los jardines.

Desde allí, y con el auxilio de un antejo, vió á Lisa cerca de la puerta que daba al camino trasversal, y por el cual aguardaban á Cárlos.

— ¡Allí está! murmuró con alegría. Por fortuna se ha librado de la cólera de mi madre.

Completamente tranquila, se volvió otra vez al lecho fingiéndose dormida.

Pereival quiso verla muchas veces, y siempre le contestaba doña Crispina :

— Esta en el lecho ; tiene un humor malísimo, y no quiere ver á nadie.

— ¿Y á su doncella?

— Tampoco ; y es extraño, habiendo sido siempre su confidenta.

— Me alegro ; no conviene que la vea, y debéis tener esa muchacha alejada de aquí.

— Ella se ha anticipado á nuestros deseos, pues no consiente se acerque á su dormitorio.

Efectivamente, para disimular mejor, se convinieron Lisa y Edelmira en no verse dentro del aposento,

y tambien porque de aquel modo, por la ventana del tocador, podian comunicarse las noticias necesarias.

Cárlos, disfrazado como ya le han visto nuestros lectores, permaneció escondido en la casa de un hortelano, de la cual salia en las altas horas de la noche, aprovechando algunos momentos en conferencias con su amada, en tanto que doña Crispina, sin abandonar el gabinete, dormia profundamente, gracias al narcótico que hizo dormir á la Colasa por tan largo espacio y que tambien hubo Cárlos de emplear con feliz éxito en la solterona.

Flora volvió al siguiente dia, segun prometió á su esposo, llegando con el mayor misterio acompañada de varios agentes de la autoridad, á los cuales hizo esconder en las habitaciones del piso bajo, ocultándose ella tambien, aunque no tenia gran necesidad de ello, porque se presentó como esposa del baron de Pereival. Sin embargo, la convendria así cuando lo hizo, y el resultado nos dirá si estaban bien calculadas sus disposiciones.

Era la madrugada del mismo dia en que murió el marqués de Pináres. El primer crepúsculo de la aurora comenzaba á teñir las crestas de los montes con una vaga y trémula claridad. Los árboles de la quinta se mecian á impulsos de una brisa fresca, demasiado quizá, porque un hombre, embozado en una capa oscura, se acurrucaba al abrigo de un enorme peral que daba sombra á las ventanas pertenecientes á la habitacion de Edelmira.

— ¡ Oh ! cuánto tardan en abrir ! murmuró el em-

bozado ; y con la mas rara y fácil maestría se puso á entonar un cántico dulce y suave, imitando al del jilguero.

Una ventana del piso bajo se abrió con precaucion.

Cárlos, pues él era el embozado, se acercó rápidamente.

— ¿Eres tú, Lisa ? dijo á média voz.

— Sí ; pero hable bajo, le contestó una voz de mujer.

— ¿Qué ha dispuesto la señorita ?

— Marchar esta tarde ; ha obtenido permiso para salir á paseo.

— ¿Y dónde espero ? tengo el carruaje dispuesto.

— Fuera de la quinta y junto á las tapias del molino. Allí estaremos á las cinco.

— Corriente ; no faltéis.

— Adios ; id tranquilo.

La figura del mancebo se deslizó entre los árboles á la dudosa claridad del crepúsculo. Las maderas de la reja se abrieron por completo, asomando el rostro de Flora que con satánica alegría le vió marchar. Cuando se convenció de que estaba léjos, cerró la ventana, y se dirigió con rapidez á un cuarto oscuro y sin ventilacion ninguna, donde se hallaban encerradas Lisa y Edelmira.

— ¡ Venid ! las dijo con arrogante tono.

— ¡ Dios mio ! murmuró la pobre Edelmira separándose de los brazos de Lisa, donde habia permanecido casi toda la noche.

La doncella quiso oponerse, mas no tardó en ver



cuán inútil era la resistencia, porque cerca de la puerta, veíanse dos lacayos dispuestos á ejercitar sus fuerzas en las débiles jóvenes.

Momentos despues caminaban á buen paso en un carruaje cerrado, con direccion á Madrid; con ellas iban López y Pereival.

Flora los seguía en otro coche á corta distancia, acompañada de la Corneja.

— Lo que es á mí, no me harán dormir como á doña Crispina, dijo esta última.

— ¡Oh! si me descuido vuelan los pájaros; pero ya los tengo seguros, murmuró Flora. Y decidme, continuó, ¿qué tal es la habitacion que teuéis preparada?

— Muy buena, y con salida á dos calles, segun me habéis prevenido. He tomado toda la casa; en el cuarto principal estará la señorita.

— ¿Y en dónde es?

— En la calle de Alcalá; una casita pequeña que tiene entrada tambien y balcones á la del Caballero de Gracia.

Ahora comprenderán nuestros lectores por qué Ruderico y doña Tecla, las vieron en frente de su cuarto. Ellas ignoraban que viviese allí el conde de Cinkar, pues este, con objeto de que sus enemigos no pudiesen encontrarle, aparentaba vivir en una fonda donde Flora y Pereival le habian visitado algunas veces.

La infeliz Edelmira cambió una cárcel por otra. Encerráronla en una habitacion, de donde no la permitian salir ni un momento, encontrándose en lugar

de doña Crispina, con el horrible rostro de la Corneja, que le fué mas antipático y odioso que el de aquella.

Flora la dejó en seguridad, fué á su palacio á cambiar de traje, y volvió con el de baronesa á la quinta del Jarama.

Tenia un placer en presenciarse la prision de Cárlos, y ver frente á frente al intrépido jóven que con tanta audacia se habia atravesado en su camino para trastornar sus planes y hacerla pasar ratos malísimos.

Él, ignorante de lo que pasaba y creyendo ciertamente que Lisa le citó en la madrugada de aquel dia para las cinco de la tarde junto á la tapia del molino, aguardó sin recelo alguno, hechos todos los preparativos para una marcha precipitada y recostado con negligencia en el coche, que debia trasladarle con su amada al hermoso suelo de Italia.

Por el lado opuesto al sitio en que se hallaba, llegaron dos carruajes que se detuvieron á cierta distancia; el ruido de las presas del molino ahogó el de las ruedas, de modo que Cárlos no los sintió; algunas parejas de la guardia civil los escoltaban.

La princesa fué la primera que echó pié á tierra, y seguida de los agentes de la autoridad se acercó al coche de Cárlos.

Se adelantó ella sola.

— ¿Esperabais á Edelmira? dijo saludándole con una graciosa sonrisa.

— ¿Señora, quién sois? contestó el mancebo sorprendido y poniéndose en el suelo de un salto.

— ¿No me conocéis?

— Nunca vi vuestro rostro.

— Pues miradme bien, y sabed que sé castigar al osado que tiene el atrevimiento de poner los ojos en personas de alta jerarquía.

— ¿Sois acaso la princesa?... aunque no puede ser, pues á la madre de Edelmira la he visto várias veces.

— ¿Y me parezco á ella?

— No, señora.

— Tampoco vos, bajo esas patillas y esa peluca, os parecéis al atrevido mancebo que ha robado las riquezas de la Colasa.

Al decir esto, le arrancó de un tiron unas y otra, quedando en descubierto su juvenil y hermosa cabeza.

— ¡Prendedle! ¡ aquí le tenéis! gritó Flora á los agentes que aguardaban inmediatos esta orden.

Cuando el jóven se vió rodeado de todos ellos, se puso pálido y lanzando una mirada de odio á la baronesa, gritó :

— ¡Sois una infame! bajo la apariencia de una dama ocultáis la malignidad de una hiena.

Fué contestado con una insolente carcajada.

En seguida Flora, montando en su carretela, partió con direccion á Madrid.

Silencioso y triste la seguía el prisionero. Tres agentes se habian colocado con él en el mismo caruaje, y mirándole con interes, murmuraban :

— ¡Qué lástima! ¡ tan jóven!...

— ¡Y cuánto debe odiarle esa señora! dijo uno.

— ¿No la conociais? preguntó otro á Cárlos sa-

cándole de la profunda distraccion en que se hallaba sumido.

— ¡Oh! no; y quisiera saber su nombre.

— Es doña Flora del Palancar, baronesa de Pe-reival, le contestaron.

Un estremecimiento nervioso agitó al infeliz, y perdió el sentido murmurando con espanto :

— ¡Flora del Palancar! ¡Oh! ¡mi madre! ¡mi madre!!...

---

## CAPITULO XXII

### EL ESTUDIO DEL PINTOR.

---

En el gabinete de estudio del jóven pintor don Constantino López, hallábase este y su discípulo Sebastian, una hermosa tarde de diciembre.

Ocupábanse en terminar unos retratos, y apenas se dirigian la palabra, ocupados cada cual en pensamientos tristes y sombríos.

La mirada de don Constantino alzábase al cielo de vez en cuando con resignada expresion, al propio tiempo que en ella brillaba un rayo de esperanza. La de Sebastian, fija en el cuadro que tenia delante, denotaba una tristeza amarga y profunda.

Un suspiro se escapó del angustiado pecho del mancebo.

Su maestro volvió hacía él la cabeza, y mirándole con ternura, exclamó :

— ¡Siempre triste, Sebastian !...

— Vos tambien lo estáis, mi querido maestro.

— Sí, pero mis penas no las ignoras, miéntras las tuyas son un secreto para mí.

— ¡Secreto decís ! ¿acaso no os he revelado todos mis pensamientos ?

— Únicamente tu pasion por Emelina, la cual hoy mas que nunca debes tener esperanza de ser correspondido.

— ¿Os imagináis que esa pobre niña podrá resistir el tremendo golpe que ha sufrido ?

— ¡Quién lo duda ! Si triunfa de la enfermedad que hoy la tiene postrada, curará completamente de su amor ; porque el desengaño mata toda pasion por grave y profunda que sea.

— ¡Oh ! ¡y cuánto le amaba !... ¡infeliz ! juzgándole una persona humilde, se entregó de lleno á su cariño formando de él un mundo de ilusiones, y alimentando la esperanza de una ventura suprema.

— Y Rafael no ha obrado de mala fe ; la amaba con delirio ; pero las circunstancias y las exigencias de la elevada clase á que pertenece, le han obligado á obrar de esa manera.

— Tal creo ; mas si esa niña sucumbe, á nadie sino á él debe culparse de su muerte.

— Ya verás como se salva ; los brios de la juventud

y el noble temple de su alma la sacarán á puerto de salvacion.

— Ojalá ; deseo su felicidad con todo mi corazon.

— ¿Y la tuya ?

— Lo mia es una quimera ; yo nunca seré dichoso.

— ¿Y si ella te amase ?...

— Nunca la manifestaré mi cariño.

— Te comprendo ; eres egoísta y hubieras querido un corazon virgen, sin recuerdos de otro hombre y que se consagrara por completo á ti.

— Quizá os engañéis. Si Emelina se salva, no volverá á pensar en Rafael, y juzgará sus pasados amores como un sueño.

— ¿Entónces por qué quieres encerrarte en un silencio que te hará desgraciado ?

— Porque ella hoy es rica, tiene una posicion y una madre noble y buena ; y yo, pobre expósito, no tengo ni siquiera un nombre que ofrecer á sus piés.

De los hermosos ojos del adolescente se desprendió una lágrima furtiva. Don Constantino le miró con lástima, y cuando se preparaba á contestar, se abrió la puerta de la estancia.

Doña Aurora se presentó en ella con el conde de Cinkar, y adelantándose en actitud imponente, llena de majestuosa gravedad, dijo extendiendo el brazo hacia Sebastian :

— ¡ Señor conde, ahí tenéis á vuestro hijo !...

— ¡ Dios mio ! gritó el jóven mirando con asombro al extranjero.

Este, sin darle tiempo á reponerse, se adelantó con los brazos abiertos.

— ¡Oh! ¡ven, hijo querido!...

— ¿Vos, mi padre?

— ¡Hijo mio! ¡hijo mio! exclamaba el conde llorando de alegría, y entre tanto prodigaba al adolescente las mas ardientes y expresivas caricias.

Don Constantino permaneció inmóvil, no atreviéndose á turbar la tierna expansion de aquellos corazones que se ensanchaban á impulsos de un afecto purísimo y santo.

Doña Aurora se aproximó á Sebastian, y tirándole con suavidad de la especie de blusa que tenia puesta, le obligó á descubrirse el hombro derecho, y mostrando al conde un lunar del tamaño de una peseta, le dijo :

— Hé aquí la prueba; estáis ¿satisfecho?

— Las explicaciones que me habéis dado, noble señora, eran suficientes para reconocer en vuestro Sebastian á mi Arturo, aun cuando no viera ese lunar, que tienen en igual sitio todos los primogénitos de mi familia, y que advertí en el hombro de mi hijo apénas nació.

— ¿Pero quién os ha revelado la existencia de este caballero, y cómo habéis descubierto que Sebastian es su hijo? preguntó el pintor á su madre.

— Ven, te lo contaré, y los dejaremos entregarse á su ternura, dijo doña Aurora saliendo á la sala, donde le hizo sentarse á su lado.

— ¡Cuánto me alegro de que sea feliz mi querido discípulo! ¡Oh! ¡bien lo merece!... precisamente cuando con tanta oportunidad habéis llegado, estaba

lamentándose de su suerte, y sobre todo, por no tener un nombre que ofrecer á Emelina, á quien ama cada vez con mas delirio.

— ¡ Ah! ¡ si la pobre resiste la enfermedad!...

— ¿ Cómo está? porque supongo venís de allí.

— Sí; desde que descubri nuestro parentesco, mi único anhelo es ver á mis sobrinas y á su pobre madre que es una santa. Razon tenia mi hermano en quererla tanto, casándose con ella aun á disgusto de mis padres.

— Y bien poco tiempo disfrutó esa dicha.

— Un año escaso; murió, dejándola en cinta de las niñas.

— En fin, decidme, ¿ dónde habéis encontrado á ese caballero?

— En casa de Leticia. Escucha la que ha pasado.

— Tengo viva curiosidad por saberlo.

— Estando junto al lecho de Emelina, oí en el gabinete próximo una conversacion que me llamó la atencion. Rosa y Leticia me acompañaban en la alcoba, y la marquesa del Rio hablaba con el conde.

— ¿ Queréis que la llame? le dijo la marquesa.

— ¡ Oh! sí, lo deseo, replicó él con ansiedad.

Entónces me suplicaron saliese, y me hicieron infinidad de preguntas relativas á Sebastian. Yo les conté la verdad, segun ya les habia manifestado otra vez á Leticia y á las niñas. Conforme fuí dando detalles, la fisonomía del conde se animaba por grados, hasta que al fin exclamó poseido de un arrebató de ternura :



— ¡Oh! sí, sí; no me queda duda, es mi hijo; mi pequeño Arturo que dejé en Cádiz, y que la Providencia me devuelve despues de tantos años que estoy recorriendo la Europa entera por encontrarle.

Despues de manifestarme su viva gratitud y el mas profundo reconocimiento, me preguntó si tenia en el hombro derecho un lunar oscuro del tamaño de un real de plata, única prueba que le faltaba para reconocerle. Le contesté afirmativamente, y ya desde aquel momento no ha descansado hasta que se ha visto en sus brazos.

Aquí concluyó su relato doña Aurora, prolongándose la conferencia mas de una hora, y otro tanto la del padre y del hijo.

Estos se hicieron toda clase de revelaciones, quedando enterados uno y otro de sus secretos, sus temores y sus esperanzas.

Cuando le dijo que Flora del Palancar era la usurpadora del título de Florini y su encarnizada enemiga, Sebastian sacó la carta de Cárlos y dijo á su padre :

— ¿Si será esa mujer la madre de Cárlos?

— Puede ser; ella perdió tambien en Cádiz á su hijo, ó mejor dicho, le dejó abandonado.

— No me queda duda, él es; muchas veces hemos hablado de la identidad de ese acontecimiento de nuestra infancia, lo cual, unido al vivo agradecimiento que le tengo por haberme salvado la vida, ha sido un motivo para estrechar nuestras relaciones.

— ¿Y qué tal sugeto es?

— ¡Ay! padre mio, siento decirlo; pero á vos nada debo ocultaros, y mas cuando sé que ama á Edelmira y Edelmira es mi hermana, por cuya felicidad debo velar cual por la mia propia.

— ¿Será digno hijo de su madre?

— Es un jóven disoluto, sin religion, sin creencias y sin principios; educado por una prendera de las Vistillas, mujer grosera é insolente.

— ¡Desgraciado! ¿Y cuándo te ha escrito esa carta?

— Hace tres ó cuatro dias.

— Es preciso buscarle á todo trance; pues acaso él sepa el paradero de Edelmira.

— Voy á vestirme y al momento os sigo, daré principio á mis deberes de hijo, siéndoos útil en alguna cosa.

Poco despues salieron á la sala, donde aun permanecian doña Aurora y su hijo sentados en el sofá.

— ¿Nos dejas ya, hijo mio? preguntó don Constantino á Sebastian viéndole en traje de calle.

— Acompaño á mi padre; despues volveré, mi querido maestro, y espero que en adelante no nos separaremos.

— Esa es una ilusion; mi posicion es muy humilde, y tú en adelante tienes un rango muy elevado que te separa de nosotros.

— Mis segundos padres ocuparán siempre el mismo lugar en mi corazon, y tendréis en mis estados de Florini un puesto distinguido, dijo Sebastian abrazándolos con efusion.

— ¡Oh! sí; viviréis con nosotros, añadió el conde,

seremos una misma familia, y en el hermoso suelo de Italia, verdadera patria del artista, haréis inmortal vuestro pincel.

— ¡Adios, hijo mio! exclamó doña Aurora vertiendo lágrimas.

Aunque se separaban por poco tiempo, duró mas de una hora la tierna despedida de tan generosa familia.

---

## CAPITULO XXIII

### CITA NOCTURNA.

---

Algunos dias despues de la muerte del marqués de Pináres, hallábanse en la que fué hostería de la Corneja, Ataulfo y Atocha.

Serian las doce de la noche; un frio horrible y penetrante dejábase sentir en la desmantelada habitacion en que se encontraban los dos amantes. Era en el pequeño gabinete que habia en la trastienda y del cual tienen noticia nuestros lectores. Los únicos muebles que le decoraban, eran un sofá, cuatro sillas y una mesa de pino, todo deteriorado por el mucho uso.

Una vela de sebo, colocada en una palmatoria de barro, alumbraba la escena con su pálida luz.

— No tienes lumbre, Atocha, dijo Ataulfo embozándose en la capa.

— Como no te aguardaba esta noche, la dejé consumirse en el brasero con ánimo de acostarme temprano.

— Pues hace falta, porque el vientecillo sutil del Guadarrama, que se deja sentir estos días, ha comenzado á lanzar algunas pulmonías á diestro y siniestro.

— Si quieres la pondré.

— Veremos qué hora es; ya no puede tardar la princesa.

Ataulfo, acercándose á la mesa, sacó el reloj y murmuró á média voz :

— ¡Diablo! si son mas de las doce.

Luego, abriendo las maderas de la reja se asomó; y retirándose inmediatamente dijo :

— Ni un alma pasa por la calle.

— Quién quieres que venga por estos barrios, si da pavor vivir aquí.

— ¿Estás disgustada?

— ¡No he de estarlo! y mucho.

— Sin embargo no te quejarás de mi ausencia; casi todos los días vengo á verte, y no sé á qué vienen esas quejas y ese gesto tan extemporáneo.

En la fisonomía del bandido se reflejó un momento la dureza de su alma. Atocha, temblando, apenas se atrevió á replicar.

— No te incomodes.

— Tú tienes la culpa de que mis contestaciones

sean algo bruscas; con nada estás contenta. Te quejabas en casa del marqués, sales de allí, y por la intervencion de la señora princesa, á quién debemos toda nuestra fortuna, no estás un par de años en la cárcel. Te ponemos en esta casa donde nadie te molesta, siendo la dueña absoluta de todo y disfrutando mas sueldo que si continuaras sirviendo, y todavía tienes que decir si la calle es triste ó alegre. Vamos, que no se te puede sufrir, y si continuas de ese modo, ni aun volveré por aquí.

La pobre Atocha, cuyo estúpida ignorancia la hacia débil, se contentó con bajar la cabeza, dejando correr algunas lágrimas, que no hicieron la mas mínima impresion en el corazon endurecido de Ataulfo.

Tres golpecitos sonaron en los cristales de la ventana.

Ataulfo acudió inmediatamente.

— ¿Quién es? dijo en un tono particular.

— Abrid, le contestaron desde fuera.

Atocha salió de la estancia, volviendo á entrar á poco seguida de dos mujeres cuidadosamente cubiertas con unos largos abrigos de paño negro.

La primera descubrió en seguida su rostro anguloso y deforme, en el cual campeaba á sus anchas una enorme nariz formando arco.

Era la Corneja.

La otra tapada, sin aguardar á que la invitaran, habia tomado asiento en el sofá.

Ataulfo se colocó en pié á su lado.

— Podéis descubriros y respirar en libertad, pues

estamos solos, la dijo, apagando por respeto el magnífico habano que tenia en la boca.

Entonces aquella mujer, dejando caer sobre los hombros la capucha del abrigo, presentó sarcástico y altanero como siempre el rostro de Flora.

Tendió una mirada en su derredor, y al contemplar la pobreza de aquellos muebles mezquinos, debió sin duda compararlos con los suntuosos y riquísimos de su palacio, porque se estremeció, y envolviéndose cuidadosamente entre los anchos pliegues del finísimo paño, murmuró :

— ¡Oh! despachemos, porque el aspecto de esta habitacion causa frio y espanto á la vez.

— Aguardo vuestras órdenes, señora, dijo Ataulfo.

— ¿Habéis descubierto algo nuevo?

— Lo que ya os diria la Corneja esta mañana.

— Sí, que el conde de Cinkar ha encontrado á su hijo.

— Y que por cierto parecen dos cuerpos y un alma ; no se apartan uno de otro, y á todas partes los siguen el pintor López y Ruderico ; de manera que mis agentes hallan mil dificultades para dar el golpe. Y luego no se sabe dónde viven, porque tan pronto están en una casa como en otra.

— El conde, por ahora, no me hará mucho daño, le tengo bien asegurado. Que no le pierdan de vista, es lo que mas nos conviene. Lo urgente, lo necesario en este momento, es apostar doce ó catorce bandidos en la sierra de Altomira.

— Ya están prevenidos. ¿Cuándo sale la marquesa ?

— Á ver, Corneja, ven aquí.

La Corneja se acercó.

— ¿Qué noticias tienes del palacio de Pináres?

— Pocas y escasas; desde que se ha descubierto lo del envenenamiento y la imbécil de Juana se ha hecho reo escapando por la ventana, han despedido á todos los criados, y no permiten la entrada á ninguna persona extraña. Por mas que lo he procurado, me ha sido imposible ver á la condesa, y ni ella ni su marido el jóven marquesito salen de la casa.

— ¿Y la marquesa?

— Muy resignada; dicen que parece una mártir, y que ha resuelto hacerse monja.

— Es lo que le conviene; pero la marcha, ¿cuándo es?

— Nadie lo sabe de cierto, aunque se cree no se dilate mucho.

— Sea cuando quiera, no se nos escaparán; tres espías de toda mi confianza velan dia y noche en los alrededores del palacio, ademas de los que hay apostados en el camino; por lo cual debéis quedar tranquila, segura de la fidelidad con que siempre os hemos servido.

— Gracias, Ataulfo; conozco tu celo, y no quedará sin recompensa.

— Solamente que vamos á necesitar mucha gente, y de perseguir á la condesita tenemos que desatender al conde.

— Bien, dejadle por ahora; lo que á mí me importa, es la cabeza de Honorata; con su muerte re-

costraré el título de mis padres, y vosotros tendréis la suma prometida.

— ¿Y quién nos la entregará?

— ¿Desconfiáis?

— Yo por mí, no, señora; mas la gente que llevó á mis órdenes es muy mala, y si en el momento de cometer el crimen no se reparten el botin, son capaces de atropellar por todo.

— No tengas cuidado; allí estaré yo para contentarlos.

— En ese caso corriente.

— Si la señora no pudiera cumplir su palabra iré yo, añadió la Corneja.

— Desde luego; y llevarás la cantidad ofrecida, dijo Flora levantándose.

— ¿Ya nos vamos?

— Sí; Ataulfo nos acompañará hasta tomar el coche.

— Con mucho gusto, contestó este arreglando sobre los hombros con cierta coquetería la anchurosa capa.

Las dos mujeres volvieron á cubrirse, y siguiendo á Atocha que iba alumbrando, salieron á la calle.

— Adios, dijo Ataulfo á la jóven, hasta mañana.

— Buenas noches, contestó Atocha saludando á la princesa que acababa de poner en su mano un bolsillo con algunas monedas, cuya accion no pasó desapercibida á los ojos de la avarienta Corneja.

Poco despues, la solitaria calle quedó en el mas profundo silencio.



## CAPÍTULO XXIV

### PREPARATIVOS.

---

El palacio de Pináres habia sufrido una trasformacion completa; casi todos los criados fueron despedidos, conservándose únicamente aquellos mas antiguos y de reconocida lealtad.

Los inmensos y elegantes salones, donde pululaban pocos dias ántes numerosos lacayos con lujosas y galoneadas libreas, hallábanse desiertos; alguno que otro enlutado anciano ó vetusta doncella los atravesaba con lento paso y triste actitud.

En las habitaciones de Honorata, veíase á su fiel doncella Aurora, ocupada en arreglar las maletas, haciendo los preparativos de viaje. Y mas adentro, en el gabinete que se habia convertido en cámara nupcial, estaban los jóvenes esposos, sentados en un divan y conservando en sus rostros las huellas de una acerba melancolía.

El servero y negro traje de la condesita hacia resaltar mas y mas su diáfana palidez. Rafael por el contrario, ostentaba en sus mejillas un color encendido, y en sus ojos un brillo febril.

— ¿Qué tienes, amor mio? tú estás enfermo, ex-

clamó la condesa tomando entre las suyas la abrasadora mano de su esposo.

— Si, me siento mal; pero no es cosa de cuidado, murmuró frotándose la frente con la mano, como queriendo desechar una idea dolorosa.

Honorata le miró con inquietud, y recordando que estaban rodeados de asechanzas, exclamó alarmada :

— ¡ Oh ! ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio !

— No te asustes, querida ; espero ponerme bueno cuando abandonemos los aires de la corte. ¡ Ay ! esta atmósfera me ahoga !... no quiero vivir aquí donde nunca nos veremos libres de traidores, ni de esa infame mujer que nos persigue tan inhumanamente.

— ¡ Oh ! tambien yo deseo hallarme cuanto ántes en las montañas de Pináres.

— Allí nuestros colonos son leales y no debemos abrigar recelo, ni temblar por nuestra vida.

— Sí, sí ; al momento partiremos.

— ¿ Y mamá, está resuelta á seguirnos ?

— La tengo casi convencida, y creo que ántes de dos horas saldremos con direccion á nuestro castillo. ¡ Ay ! ojalá nunca hubiéramos abandonado sus muros, y acaso nuestro querido padre viviria entre ellos libre de la traicion infame que le ha conducido al sepulcro.

Honorata, al decir esto, bajó la cabeza tristemente ; se acordaba de Flor del Espino considerando los dolores y amarguras que la hizo sufrir aquel amor funesto que aun por desgracia vivia arraigado en el corazon de su esposo.

Rafael, al propio tiempo, pensaba en aquella desgraciada niña que por su causa era infeliz, teniendo siempre presente su grito desgarrador al reconocerle en la noche fatal.

— Aurora, amiga mia, ¿están los equipajes? dijo la condesa levantándose y abriendo la puerta del salon.

— No tardaré, señorita, contestó la jóven.

— Apresúrate; deseamos partir cuanto ántes.

— Lo que es por nosotros no será la tardanza; si los de la señora marquesa estuvieran al mismo tiempo, ántes de una hora nos hallaríamos léjos de esta Babilonia, que detesto con mis cinco sentidos, porque solo se respira en ella la atmósfera de la maldad.

— ¡Quién lo habia de creer, Aurora!

— ¡Recordad mi antipatia por esa vívora que habéis abrigado en vuestro seno!...

— Me estremezco al pensar en ella; dejémosla y lamentemos el castigo que no tardará en sufrir.

— ¿Os imagináis que se dejará coger? ¡sí, sí; buena es ella! y miéntras tenga dinero, lo derramará con esplendidez ya por salvarse, como porque sus cómplices trabajen, á ver si os quitan la vida, objeto de sus ansias, para heredar el condado del Palancar.

— ¡Qué ambicion! ¡Oh! debe ser horrible cuando la arrastra á cometer toda clase de crímenes.

— Ha sido siempre lo mismo; yo que la conozco desde su juventud, he tenido ocasion de observar su perverso corazon. La infame dejó morir á su infeliz

padre sin acercarse á tributarle ni una caricia, y léjos de acompañarle en tan angustioso momento, tuvo valor para marcharse á un baile.

— ¡Qué horror! murmuró Honorata estremeciéndose.

— Y cuando volvió cubierta de perlas y encajes, solo halló su cadáver, que miró con un gesto desdeñoso, sin derramar ni una lágrima.

— ¡Ah! ¡calla!... ¡calla!... ¡y que Dios la perdone!

— ¿Amada mia, me acompañas á la habitacion de mamá? dijo Rafael apareciendo en la puerta del salon.

— ¡Oh! sí; vamos.

La noble y angelical marquesa de Pináres, desde la desgraciada muerte de su esposo, apénas salia del oratorio donde se pasaba muchas horas en oracion.

Triste, pálida y arrodillada en el reclinatorio, la encontraron sus hijos.

— ¡Madre mia! ¿cuándo partimos? exclamaron tendiendo hácia ella sus brazos.

— Al momento, ¡ay! os sigo con el corazon destrozado.

— ¿Y qué hacer si el mal no tiene remedio?

— Evitarlo para en adelante, y esto es lo que nos conviene hacer, dijo Honorata completando el pensamiento de su esposo.

— ¡Es verdad, hijos míos! aquí vuestras cabezas peligran; huyamos, pues, en tanto la justicia se apodera de la criminal.

— No tardará mucho en expiar sus crímenes ; el conde de Cinkar se ha encargado de entregarla á los tribunales, y sobre los motivos de odio que tiene contra ella, está su energía y actividad notablemente reforzada con el feliz encuentro de su hijo, y no descansarán hasta conseguir un triunfo completo.

— Pero no ignoras que Edelmira es su hija ; y esta niña que hace tiempo ha desaparecido se encuentra en poder de Flora.

— Tenéis razon, madre mia, murmuró Honorata pensativa.

Durante esta conversacion habian salido del oratorio, y la marquesa, mandando activar los preparativos de marcha, se puso por sí misma á empaquetar algunos objetos. Sus hijos la ayudaron, y una hora despues los carruajes estaban prontos y los caballos piafaban con impaciencia al pié de la escalera.

— El conde nos ofreció venir á despedirnos, dijo la marquesa.

— Y Arturo tambien al despedirse anoche de mí, me prometió venir hoy ántes de las diez, repuso Rafael mirando el reloj.

— ¿Y qué hora es?

— Las nueve y média.

— No tardarán.

— ¡ Hélos aquí ! exclamó Honorata que se hallaba cerca del balcon y los vió apearse del coche.

Ya la marquesa y sus hijos estaban preparados para marchar, cuando el conde y Sebastian, ó mas bien Arturo, se presentaron.

— ¡Mi querido conde, ya nos impacientaba vuestra tardanza! exclamó la marquesa alargando con efusión la diestra.

— Creí sería la partida á las diez, y como aun faltan algunos minutos...

— Nuestro deseo por abandonar la corte es tan vivo, que las horas nos parecen siglos.

— ¡Pues al coche, y feliz viaje!

La afectuosa despedida se prolongó unos instantes, los que se aprovecharon en hacerse mutuamente repetidos encargos.

La marquesa entró en una sala del piso bajo donde estaba situada la mayordomía, la siguieron sus hijos y el conde con el suyo.

Los coches donde iban los equipajes acababan de partir, tras ellos salieron precipitadamente del portal de una casa situada á pocos pasos del palacio tres individuos montandos en briosos caballos. Uno fué siguiendo los coches; otro, dando la vuelta por la calle del Turco, se detuvo en la del Sordo en la puerta de la casita misteriosa que ya conocen nuestros lectores; cambió algunas palabras con una mujer que salió á abrir, y marchó inmediatamente á reunirse con su compañero. El otro llegó en pocos minutos á la calle del Lavapiés y se detuvo en la tienda de la modista. Ataulfo habló con él y sin despedirse siquiera de la pobre Atocha, que lloraba tristemente, montó en un caballo que le tenían preparado, y seguido del espía que acababa de traerle el aviso, partió á escape á buscar la carretera de Valencia por donde

debían ir los marqueses de Pináres con dirección á su castillo de la Sierra.

Atocha los vió desaparecer con el corazón traspasado de dolor. Luego murmuró cayendo con desaliento en un sitial :

— ¡Oh Dios mio!... ¡ese hombre no me ama!... ¡y yo le he sacrificado mi honra, mi porvenir, mi bienestar, y lo que es peor, hasta la calma de mi conciencia!... ¡Ah! ¡su desden me destroza el corazón, y yo infeliz de mí, solo deseo su amor ó la muerte!...

---

## CAPÍTULO XXV

### DOS PADRES PARA UNA HIJA.

---

El coche donde debían efectuar su viaje la marquesa y sus hijos, permanecía al pié de la escalera, cuando ya los otros habían partido.

La noble viuda de Rogelio detúvose algunos instantes á dar varias órdenes á su mayordomo, cuando de pronto sintió un gran ruido en el portal del palacio, como si los criados quisieran evitar el paso de una persona, siguiéndose gritos y lamentos exhalados por una voz fresca y juvenil, aunque dolorida y angustiada.

— ¿Qué ocurre? preguntó la noble dama, saliendo

presurosa con el deseo de informarse por sí misma de lo que pasaba.

— Es una jóven, medio loca al parecer, por el desórden de su traje, que se empeña en ver á la señora condesa, y los porteros no la dejan entrar, dijo un criado, contestando á la pregunta de su noble ama.

— ¡Oh! dejadla llegar hasta mí; quizá sea una desgraciada.

Apénas en el vestibulo se oyó esta órden, cuando cesó el ruido y una hermosa y pálida niña se precipitó con alegría y vertiendo abundantes lágrimas en los brazos de la marquesa. Honorata, Rafael, el conde y Arturo, llegaron al mismo tiempo atraídos por la algazara.

La marquesa y Honorata prorumpieron en una exclamacion de júbilo al reconocer á la jóven fugitiva, y estrechándola con verdadera efusion entre sus brazos, no sabian cómo desprenderse de sus ardientes caricias.

Por fin, la viuda de Rogelio, haciendo un supremo esfuerzo, la cogió de la mano, y presentándosela al conde la dijo :

— Aquí tienes á tu padre; señor conde, esta niña es Edelmira.

— ¡Hija mia! gritó el anciano arrebatado de gozo.

— ¡Mi querida hermana! murmuró Arturo.

— ¡Será verdad! ¡padre, hermano, amigos, todo lo encuentro en un dia, y en el momento en que escapándome de la prision donde pretendian sacrificarme, vengo buscando refugio y consuelo! ¡Me creí sola en el mundo!...



— ¡Ingrata! tu padre no te abandona y sigo tu huella como un loco, interrumpió Pereival precipitándose en la estancia.

— ¡Oh Dios mio! gritó la infeliz refugiándose en los brazos del conde; ese hombre dice que es mi padre, probadle lo contrario, porque mi corazón le rechaza.

— Y con justo motivo, un miserable no puede ser el padre de un ángel.

— ¡Caballero, es mi hija!... articuló Pereival, queriendo dar á su voz una energía de que no era capaz su alma, agobiada por los remordimientos.

— ¿Vuestra, hé? ¿quién os lo ha dicho?

— Mi esposa.

— ¿Y quién es vuestra esposa?

— Flora del Palancar.

— Esa señora, por otro nombre la baronesa de Pereival, ha repetido muchas veces en esta casa delante de nosotros y en vuestra presencia, que no tenia ningun hijo. La marquesa dijo estas palabras mirando fijamente á Heraclio.

— Tenéis razon, murmuró aterrado.

Honorata continuó :

— Y á Edelmira la hemos conocido en el palacio de Florini, creyendo á la princesa su madre.

— ¡Tambien es verdad! repuso maquinalmente Pereival.

— Y no negaréis, añadió el conde, que Flora del Palancar y la supuesta princesa, son una misma persona, y vos un miserable cómplice de sus intrigas y de sus crímenes.

El pobre hombre no contestó una palabra, estaba anonadado; juzgó perdida á su esposa, y procurando buscar su propia salvacion en la piedad de la que sinceramente creía hija suya, la dirigió una mirada suplicante exclamando :

— ¡ Oh ! hija mia, apiádate de tu padre.

— No volváis á pronunciar semejante palabra, su padre soy yo, el conde de Cinkar, esposo de la verdadera princesa de Florini á quien Flora ha usurpado el título y las riquezas, que hoy afortunadamente vuelven á sus legítimos herederos.

La voz del italiano era imponente, su figura majestuosa y grave.

Pereival, no acabando de convencerse de lo que oía, aun se atrevió á replicar :

— ¡ Pero si cuando yo marché á Paris, quedó Flora embarazada de esta niña !...

— Si tal os ha dicho, ha mentido; es verdad que tuvo un hijo, pero fué Cárlos, hoy un jóven tan honrado como vos y digno hijo de su madre, y que ella misma acaba de conducir á presidio por haber robado á la preñera en cuya compañía ha vivido desde que su madre lo abandonó inhumanamente.

— ¡ Oh Dios mio ! ¡ lo que decís es muy cruel ! ¡ probádmelo, probádmelo !...

— Leed; y el conde le presentó dos cartas.

Durante el diálogo de aquellos dos padres que se juzgaban con derecho á Edelmira, las tres señoras se habian retirado á un ángulo del aposento, donde procuraban consolar á la triste niña, que iba desfalle-

ciendo segun las revelaciones que veía arrojaban importantes datos que hubiera querido ignorar toda su vida.

En tanto, Percival leyó con asombro las epístolas que el conde acababa de presentarle y que estaban concebidas en estos términos :

« Señor conde : En vano será con vos la negativa ; habéis llegado á penetrar todos mis secretos, declarándome una guerra á muerte : admito el reto, pero demando una tregua ; suspéndanse las hostilidades por ocho dias solamente, yo no os perseguiré, dejándome vos libre tambien, y al cabo de este tiempo entraremos en un arreglo pacífico, entregándoos vuestra hija Edelmira, la cual queda en mi poder y sucumbirá á los golpes del puñal de un asesino, si no os dignáis complacerme.

» Vuestra servidora,

» *Flora del Palancar.* »

La otra iba dirigida á Sebastian, y estaba fechada en la cárcel del Saladero, decia así :

« Mi querido Sebastian : cuando nos conocimos te salvé la vida á riesgo de la mia en las aguas del Manzanáres ; hoy en pago de aquel servicio reclamó de ti un favor.

» Estoy preso, y gravita sobre mí una acusacion infamante, arrojada á mi frente por la misma mujer á quien debo el ser. Ella ignora que soy su hijo ; te ruego se lo digas por si en su empedernido corazon tiene algun poder el grito de la naturaleza, y si no

lo tuviese, sálvame tú ó ven á clavarme un puñal en el corazon.

» Mi madre se llama Flora del Palancar. Se la conoce por la baronesa de Pereival y me dejó en Cádiz, en los primeros dias del año 1840, en casa de una mujer llamada Tadea, la cual hoy puede vérsela en esta corte, en el hospital de Incurables, y afirmará lo que llevo dicho, sin embargo de que los documentos justificativos obran en mi poder.

» Si nada puede en tu corazon la voz de la amistad, ni el recuerdo del favor que te presté en otro tiempo, hadlo siquiera por compasion, por amor á la humanidad, y de todos modos te quedará eternamente reconocido tu desgraciado amigo

» CÁRLOS. »

Pereival, al concluir la lectura, inclinó la cabeza sobre el pecho con muestras de un dolor inmenso. En su pálido rostro se pintó la angustia, y la amortiguada luz de sus ojos comenzó á perder su escaso fulgor.

— ¡ Tambien me ha engañado ! murmuró con sombrío acento.

— No lo extrañéis, porque en vuestra esposa todo es falsedad y artificio.

— ¡ Oh ! ¿ quién me salvará ?... solo hallaré en la tumba un refugio seguro.

El abatimiento de aquel hombre inspiraba compasion; dejándose llevar de un noble sentimiento, le dijo el conde :

— Nada temáis, habéis salvado mi vida en la Haba-

na, vuestro hijo ha prestado igual favor al mio, y como en nuestros corazones habla muy alto la gratitud, os prometemos á ambos una cumplida proteccion en recuerdo de este servicio.

— ¡Oh! gracias! gracias!..... yo lo que deseo es abrazar á mi hijo.

— Le abrazaréis, pero tened entendido que sois mi prisionero.

— Y su cárcel este palacio, amigo mio, dijo Rafael de Pináres.

— Tiene razon mi hijo, añadió la marquesa adelantándose; quedaos aquí, conde, y dejad vuestra casa donde no estáis muy seguro miétras esa mujer se encuentre en libertad.

— Acepto con placer, y os ruego no interrumpa este acontecimiento vuestro viaje.

Vamos á partir inmediatamente. Los criados que os quedan son leales, y os servirán con la fidelidad que á nosotros.

— ¡Gracias! ¡gracias! marquesa; adios, pronto iremos á vuestro castillo.

— Me alegraré, porque será una prueba de que estáis libres de lazos y asechanzas.

La despedida fué tierna y afectuosa por parte de las dos jóvenes amigas que no se cansaban de acariciarse mutuamente.

Cuando el coche desapareció por la esquina del Prado aun en los balcones del palacio se agitaba un lienzo blanco, y cuatro corazones enternecidos hacian votos por la felicidad de los viajeros.

## CAPITULO XXVI

### NOTAS.

---

Para que nuestros lectores comprendan la causa que llevó á Edelmira al palacio de Pináres en el momento en que la marquesa con sus hijos debia emprender su marcha con direccion al castillo, debemos retroceder al dia anterior en que ocurriera la escena que acabamos de referir.

Eran las cinco de la tarde, cuando Flora, al ir á sentarse á la mesa, recibió de sus espías las siguientes notas :

« Mañana es el dia fijado por la marquesa para su marcha al castillo ; ignoramos la hora , pero estad pronta y se os avisará la salida del palacio. »

Otra estaba fechada en Cádiz y la decian :

« Se han hecho en esta ciudad muchas y minuciosas averiguaciones por un italiano llamado Zacarías Mariani, el cual derrama el oro á manos llenas. Ha recogido documentos en toda regla del capitan y del capellan de la fragata *Santa Rita*. Tambien la partida de defuncion de la princesa Florini, habiendo visitado su sepulcro, y conseguido permiso para trasla-

dar el cadáver á Italia al panteon de su familia en los estados de Florini.»

La otra nota, de fecha posterior, era de Nápoles, concebida en estos términos :

« No podemos presentarnos á cobrar las rentas del principado, porque se nos persigue para prendernos ; en toda Italia resuena la voz de que la princesa murió á bordo de la fragata *Santa Rita*, esperando sus restos en la ciudad de un momento á otro. La indignacion es general contra la usurpadora.

» Así pues, la rica mina que os llenaba de tesoros, está agotada para vos. Los tres millones que nos pediais en la vuestra, no podemos mandarlos por las razones expuestas. »

Cuando Flora leyó esta última nota, sufrió una horrible contraccion ; su rostro se descompuso notablemente.

— ¡Maldicion ! murmuró ; ¡esos tres millones eran el premio que debo dar á los bandidos por la cabeza de Honorata!... Estoy arruinada ; si esa chicuela no muere pronto, no puedo proseguir mi plan de venganza, ni sostenerme en el rango que he seguido hasta hoy.

Medio loca por la ira, entró en su gabinete sin acordarse de comer. Los criados la miraban atónitos, y Pereival, que vió con asombro el trastorno que habia sufrido aquella fisonomía, por lo general tan impasible, murmuró para sus adentros :

— ¡Malas noticias tenemos!... hoy el correo de Italia y el de Andalucía han sido funestos.

Un cuarto de hora despues de haber entrado Flora en su gabinete, salió con una carta en la mano, y exclamó dirigiéndose á los criados que servian la mesa :

— ¿Quién de vosotros sabe la casa del señor conde de Cinkar ?

Dos se adelantaron.

Los examinó con la vista, y eligiendo el mas anciano, se la entregó recomendándole la pusiera, si le era posible, en su propia mano.

Luego volvió á sentarse á la mesa, y acompañada de su esposo, de López y de German, comió tranquila, fingiendo una serenidad que estaba muy léjos de sentir.

Durante la comida, reinó un triste silencio, mirábanse unos á otros á hurtadillas, manifestando en sus rostros la desconfianza y el temor.

Apénas sirvieron los postres, se levantó Flora, y mandó á López y á German que la siguiesen.

Entraron los tres en el gabinete.

Resentido Pereival de que no se le hubiera hecho igual invitacion, dejó la mesa amostazado, y en igual de dirigirse á sus habitaciones, entró en la alcoba de su esposa, y escondido entre las colgaduras, escuchó la siguiente conversacion :

— Os he llamado, amigos míos, dijo Flora, porque necesito saber con qué fondos contamos para mañana.

— Con muy pocos, señora, contestó German ; los gastos se multiplican cada dia y las rentas de Italia que aguardamos con afan no llegan.



— De Italia nada debemos esperar por ahora, contemos solo con lo de aquí.

— En ese caso no podéis contar ni con treinta mil duros.

Los dos amigos cambiaron una mirada de inteligencia.

Flora sintió que el coraje la ahogaba, y estuvo á punto de estallar en improperios contra aquellos hombres que la robaban escandalosamente; se reprimió sin embargo, conociendo que de nadie podia fiarse.

— Sirvanme ahora, murmuró para sí; y cuando yo sea condesa del Palancar, sabré quitarlos de en medio.

Esta esperanza la hizo devorar su cólera, exclamando con fingido tono :

— ¡Oh! ¡pues necesito para mañana tres millones!...

— ¡Imposible! replicaron á un tiempo los dos amigos.

— No pronuncieis esa palabra delante de mí.

— ¿Y de dónde queréis que los saquemos?

— De mis palacios; de mis muebles y de mis joyas; os he dicho que los necesito y quiero tenerlos á todo trance.

— Bien; obedeceremos vuestras órdenes.

— Yo salgo mañana de Madrid, acaso no vuelva, y si vuelvo no será para habitar ni este palacio, ni el de Florini, ni la quinta del Jarama; por lo tanto, véndanse las tres fincas con todo el mueblaje, y el

importe entregadlo á la Corneja, ella lo depositará donde yo la indique.

— Corriente, mañana mismo quedaréis complacida, dijo German en cuyos ojos brilló un rayo de alegría.

— Despues tendremos grandes tesoros y grandes rentas que disfrutaremos reunidos, pues espero no me abandonaréis, dijo Flora pretendiendo con esta esperanza halagarlos para que la permaneciesen fieles.

— ¡Eso nunca! aunque vayáis á lejanos países, os seguiremos como el perro leal á su querido amo.

— ¡Gracias! no esperaba ménos de los dignos amigos de mi querido esposo. Ahora, López, solo me resta un encargo para vos.

— ¡Decid!...

— Miéntras German se ocupa en la venta de todo cuanto me pertenece, vos iréis á ocupar el puesto de la Corneja en la casita de la calle de Alcalá que comunica con la del Caballero de Gracia.

— ¿Donde se halla encerrada Edelmira?

— Justamente.

— ¿Y á qué hora?

— Temprano, pues la Corneja se vendrá para ir recogiendo los fondos que German reuna.

— Está bien, murmuró López poco satisfecho con aquella disposicion. ¿Y qué debo hacer?

— Lo primero, ir prevenido de un puñal, y en cuanto sepáis que la justicia me persigue y se trata de prenderme, le claváis en el corazon de esa niña.

— ¡De vuestra hija!... exclamaron ambos con horror á pesar de sus depravados instintos.

— Sí, en el corazon de Edelmira, afirmó Flora con duro acento.

— Bien, señora.

— No os extrañe, añadió ella; esta resolucion es hija de mi cariño, pues si llegan á prenderme, la suerte de esa niña será bien triste, y prefiero verla muerta que sufrir las consecuencias de la causa criminal que se me siga.

— ¿Luego estáis amenazada?

— Sí; mas espero salir triunfante, y para salvarme necesito los tres millones.

— Descuidad, que seréis servida fielmente.

La reunion quedó disuelta.

Al siguiente dia muy temprano, Pereival no se apartó ni un momento de López.

— Quiero ir contigo á ver á mi hija, le dijo.

— ¿Y quién te ha dicho que voy á verla? le preguntó.

— ¿Quién me lo ha de decir? quien lo sabe. Tú vas allí miéntras la Corneja viene á recoger los fondos; disposicion que no me ha parecido muy oportuna en mi esposa, porque esa mujer es muy avara, y mejor podia fiarse de ti que de ella.

Pereival se propuso por este medio herir la cuerda mas sensible de López, y lo consiguió, pues este manifestó inmediatamente su resentimiento.

— ¿Quieres que hagamos una cosa? le dijo Pereival.

— ¿Qué es?

— Yo me quedaré con Edelmira hasta que tú vayas á relevarme.

— ¡Oh! por mi parte acepto; si me das palabra de no salir de la casa.

— Te lo prometo.

— Entónces convenidos.

Efectivamente, hiciéronlo así.

Empero la idea de Pereival era salvar á su hija, y tan luego como penetró en la habitacion donde la infeliz estaba prisionera, corrió á abrazarla con amorosa ternura. Caricias que rechazó la jóven indignada.

— ¡Apartad! exclamó.

— Vengo á salvarte, hija mia.

— ¿Qué nuevo peligro me amenaza? ¿No os basta tenerme encerrada bajo la odiosa dependencia de esa arpía, cuya sola presencia me lastima?

— No son bastantes esos tormentos, mi querida Edelmira; y para que acabes de sufrir, se ha decretado tu muerte.

— No la temo; es el único término á mis males.

— Aun puedes ser feliz; sígueme, abandonemos esta casa; un coche nos aguarda, que nos conducirá á un asilo lejano donde nada tengamos que temer, viviendo con la tranquilidad de los ángeles.

Edelmira quedó pensativa; nunca hubiera admitido la proposicion, porque la causaba horror el hombre que se llamaba su padre; sin embargo aparentó aceptar con la idea de cuando estuviesen en la calle

escaparse á reclamar de su amiga Honorata y de la marquesa de Pináres un refugio seguro.

Animada por esta esperanza le preguntó :

— ¿Y con qué recursos contáis para nuestra fuga?

— Miralos, dijo Pereival enseñándola un cofrecito que ocultaba cuidadosamente.

— ¿Qué contiene?

— Muchas alhajas, papeles y brillantes de gran valor que tu madre tenia reunidas, sin duda para llevárselas.

— ¿Tambien sale de Madrid?

— Sí, hoy mismo; conociendo tenia este tesoro recogido para escapar con él, me he anticipado, pues ántes somos nosotros. Tómale.

— Venga, y vamos pronto.

— Sí, sí, no hay que perder momento.

Edelmira ocultó el cofrecito entre sus vestidos, y bajó á la calle sin cuidarse de cubrir su cabeza ni sus hombros con alguna prenda de abrigo.

Cuando se vió en la calle fingió apercibirse de aquella falta y dijo á Pereival :

— Se me ha olvidado que hacia frio, hacedme el favor de subir á tomar un sombrero y un abrigo.

Apénas volvió la espalda, echó á correr la pobre cautiva llena de regocijo.

Pereival se informó por el cochero de la direccion que habia tomado y la siguió segun saben nuestros lectores.

## CAPITULO XXVII

### CONTESTACION.

---

Algunas horas despues de la partida de la mar-  
queza de Pináres, hallábanse reunidos en un salon  
del palacio, el conde, su hijo Arturo, el pintor don  
Constantino López y Ruderico, que apoyaba una mano  
en el respaldo del asiento que su amo ocupaba, co-  
locado delante de una mesa de escritorio.

Cerca de la chimenea y sentadas en un divan,  
estaban Edelmira y doña Aurora, entretenidas en  
una conversacion, al parecer insignificante.

Pereival habia sido encerrado en un aposento  
bastante seguro, del cual no hubiera podido escaparse  
aunque tal hubiera sido su idea.

— Ruderico, dáme una herramienta con que poder  
abrir este estuche, pues deseo vivamente saber lo  
que contiene, dijo el conde dando vueltas en sus ma-  
nos al cofrecito que Edelmira recibió de las de Pereival.

— No os molestéis, señor, dádmelo, y yo lo abriré  
con las tenazas de la chimenea.

— Tómallo; la astuta Flora lo tenia preparado  
para llevárselo y debe guardar sin duda objetos muy  
importantes.

— Y que acaso nos interesen á nosotros mas que á ella, añadió Arturo.

— Bien puede ser, hijo mio, porque la infame conserva todas las alhajas y papeles de tu madre.

— Aquí está ya, exclamó Ruderico presentándolo abierto; he tenido que romperlo, pues la cerradura es tan fuerte, que no cede á tres tirones.

— No importa.

— ¡Qué magníficos brillantes! dijo el pintor, deslumbrado por las luces que despedía una hermosa cruz que el conde sacó del cofrecito.

— Esta fué uno de los regalos que hice á mi esposa cuando novios; ¡gracias á Dios que vuelve á mi poder!

— ¿Y este hermoso collar, padre mio?

— Tambien de tu madre.

— ¿Veis como recobráis todo lo que os pertenece? exclamó don Constantino.

— La justicia de Dios es infalible, y no podia menos de suceder así.

Sucesivamente fueron apareciendo cosas de mucho valor; cuando le tocó el turno á los papeles, la alegría del conde fué inmensa, porque halló entre ellos las memorias de su esposa, muchas cartas interesantes, y otras que probaban de una manera evidente los crímenes y las infamias de Flora.

Tambien estaban la tres notas que dejámos copiadas en el capítulo anterior, las cuales incluyó el conde en una carta que tenia escrita, en la que añadió estas líneas:

« Todos los objetos del cofrecito obran en mi po-

der; las tres notas adjuntas os las devuelvo por si os fueran necesarias. »

Aquella carta dirigida á Flora en contestacion á la suya, estaba concebida en estos términos :

« Señora mia : como no estoy en ánimo de complaceros accediendo á la tregua de ocho dias que me demandáis, ni tampoco á lo del pacífico arreglo, os prevengo que ántes de una hora serán embargados por la justicia todos los bienes que me pertenecen como tutor de mis hijos, y que tan infamemente habéis usurpado á mi desgraciada esposa.

» Os remito una carta de vuestro hijo, por si queréis salvarle de la prision donde vos misma le habéis conducido ; su libertad nada debe ya importaros, puesto que Edelmira se encuentra segura y tranquila al lado de su legítimo padre, y no teme el puñal de vuestros asesinos, ni las asechanzas y seducciones de vuestro digno hijo.

» No pretendáis huir, porque se os vigila.

» *El conde de Cinkar.* »

— Ahora, mi fiel Ruderico, vas á encargarte de llevar esta poco agradable epístola á la baronesa.

— Al momento ; con eso veré lo que ocurre por allá.

— Toma y no tardes.

El criado partió inmediatamente.

— ¿ Y no pensáis cumplir vuestra palabra, padre mio? dijo Arturo al conde.

— ¿Cuál?



— La que disteis hace poco á Pereival de salvar á su hijo Cárlos.

— Sí ; la cumpliré ; yo no falto nunca á mis ofertas.

— Como en esa carta le decís á Flora el peligro en que se halla ese desdichado, al que, sin embargo de todo, profeso cierto cariño.

— ¿Y no has penetrado mi intencion al hacerlo así?

— Os confieso que soy un poco torpe.

— Pues á mí no se me oculta, dijo don Constantino.

— Veamos si lo habéis adivinado, mi querido amigo.

— Creo habrá sido con objeto de probar, si en el endurecido corazon de esa mujer queda alguna cuerda sensible, por la que pueda conducírsela al arrepentimiento.

— Justamente ; y ademas con doble motivo, porque si su amor de madre se exalta, gastará hasta el último céntimo que posea por salvar á su hijo, y quedando miserable, se verá reducida á la impotencia, viniendo á tierra todos sus planes de venganza.

— ¡ Es verdad !

— Tambien es un lazo que la tiendo por si escapa de los agentes de la autoridad que la persiguen.

— Nada tendria de particular ; su astucia es mucha.

— Y ademas, que en su palacio tiene salidas secretas por donde salvarse.

Edelmira, acercándose al conde y acariciándole con la mayor ternura, exclamó :

— ¿ Os ha complacido el contenido del cofrecito ?

— Sí, hija mia ; guarda recuerdos para mí que valen un tesoro.

— Cuánto me alegro haberos proporcionado la dicha de poseerlos.

— También hay joyas que pertenecieron á tu desgraciada madre, y que voy á regalarte en su nombre.

El conde, al decir esto, puso en el cuello de su hija el collar, y le entregó las demas alhajas.

Algunas lágrimas se deslizaron por las mejillas de la jóven.

— ¿Lloras, hija mia?

— Sí, pero es de alegría, porque me veo libre de tiranos y al fin encuentra mi corazón la dulce ternura por que siempre ha suspirado.

— ¡Pobre Edelmira! ¡Cuánto habrás sufrido!...

— ¡Ay! mucho.

— Ya eres feliz al lado de tu padre y de tu hermano.

— ¡Ah! sí; el bálsamo de vuestro cariño cicatriza mis hondas heridas y mitiga mis dolores.

Arturo y el conde tenían cogidas las manos de la niña imprimiendo en ellas apasionados y fraternales ósculos.

Doña Aurora y el pintor contemplaban enternecidos aquel patético cuadro.

— Y dime, Edelmira, la preguntó el conde, ¿te entregarás á nuestro amor sin conservar en tu pecho el recuerdo de otro afecto?

— ¡Callad! exclamó bajando los ojos ruborizada.

— Háblanos con franqueza; sepamos el estado de tu corazón.

— Pues bien; aunque me avergüenzo de confesarlo, y reconozco cuán indigno es ese hombre de mi amor, no puedo olvidarle.

— ¡Desdichada ! te creo ; era tu primera ilusion.

— Y me encontró sedienta de cariño, ávida de emociones, y en la cruel necesidad de encontrar un brazo donde apoyarme y un corazon que me protegiese y me amase.

La conversacion quedó cortada, porque Ruderico llegó en aquel momento bastante agitado.

— ¿ Qué hay ? le preguntaron.

— Nada bueno ; todos los muebles y efectos del palacio de la baronesa se están vendiendo públicamente.

— ¿ Qué decís ?

— La verdad, señor ; esa mujer infernal se ha anticipado á recoger dinero, y lo ha conseguido, porque lo que allí queda son cosas de poco valor.

— ¿ Y la entregaste la carta ?

— Salió una vieja feísima, con una horrible nariz de papagayo, y me dijo que la señora baronesa ha partido esta mañana á las nueve y média. Creyendo me la negarian la di la carta, diciéndola que era urgentísima, y que tuviese la bondad de hacerla llegar á sus manos inmediatamente.

— Pues no hay tiempo que perder ; quedaos aquí con Edelmira, mi querido don Constantino y tú, Arturo ; yo voy con Ruderico á presenciar el embargo.

— No vayáis solo, padre mio ; permitid que os acompañemos ; Edelmira está segura en este palacio.

— Nada temas por mí ; estoy tranquilo porque el leon tiene cortadas las garras.

— Es demasiado noble el leon para compararle con esa hiena, observó Edelmira.

— Tienes razon, hermana, dijo Arturo; digamos mas bien que á la víbora se le han arrancado los dientes.

El conde se empeñó en partir solo con Ruderico; como buen padre temia mas por sus hijos que por su propia vida.

---

## CAPÍTULO XXVIII.

### LOS CÓMPLICES.

---

La contestacion que la Corneja dió á Ruderico era cierta; Flora partió con Ataulfo siguiendo el coche de la marquesa de Pináres : esto la salvó de caer en poder de la justicia, y de que los bandidos que llevaba escoltándola, y los que se habian anticipado para cometer el crimen, se enterasen del mal estado de sus negocios.

Inmediatamente que la Corneja recibió la carta del conde, la abrió con mucha habilidad, enterándose de su contenido y volviendo á cerrarla.

— ¡Hola! murmuró la taimada, ¿conque la princesita está perdida, confiscados sus bienes, detenidas las rentas que la han sostenido hasta hoy y perseguida por la justicia? Muy bien; por nuestra fortuna, el aviso llegó á tiempo; sálvese quien pueda.

Guardó el papel en el pecho, y subiendo á la habitacion en que se hallaban López y German, les dijo :

— ¿Cuánto dinero habéis recogido ?

— Aquí está todo.

— Venga, voy á llevarlo á la baronesa.

— ¡Pero si no está completa la suma que necesita!...

— Se contentará con esto ; pues no hay tiempo que perder, no podemos esperar un minuto en la casa.

— ¿Qué ocurre ?

— Nada de particular ; ántes de un cuarto de hora estarán aquí los agentes de la autoridad para proceder al embargo y aprisionar á los dueños y criados de este palacio.

— ¿Sí? pues cogerán á quien cojan ; lo que es nosotros ahora mismo tomamos las de Villadiego. Y tú, Corneja, ¿dónde piensas ir ?

— Voy á reunirme con la señora.

— ¡Qué tonta ! vente con nosotros.

— No puede ser.

— Pues adios, y gracias por el aviso.

— El cielo os guarde.

Los tres salieron á poco del palacio, no habiendo dejado en él nada de valor ; la mayor parte de los caudales de la casa habian pasado á su poder, y Flora seguía á la condesa con ánimo de presenciar su muerte, llevando consigo una cantidad insignificante. El cofrecito con las alhajas y los papeles lo echó de ménos en el momento de partir, y cuando ya no pudo detenerse á buscarlo sin que fracasase su plan, porque Ataulfo y los otros bandidos la esperaban.

La Corneja la vió aquella misma mañana recogiendo las alhajas, y supuso desde luego valdrian un tesoro; su codicia se avivó mas y mas á la vista de los brillantes, y estuvo pensando entre sí el medio de apoderarse de ellos.

Cuando recibió la carta del conde, su alegría no tuvo limites.

— ¡Ya son míos! murmuró; voy á llevarla la carta, la aviso el peligro que corre, y naturalmente solo atenderá á ponerse en salvo; la digo que por el embargo de la justicia no hemos podido recoger metálico, y no tiene mas remedio que entregarme los brillantes para pagar con ellos á los bandidos; entonces yo me los guardo, y cuento á Ataulfo la verdadera situacion de la gran señora, de la que ya nada podemos esperar, pues se verá reducida á escapar disfrazada, pidiendo una limosna por donde Dios la dé á entender.

Si cuando yo llegue la condesita ha muerto, buen provecho, y si no, la salvaré la vida, no por caridad, sino por la recompensa que puedan darme y así la ganancia será doble.

Animada de estas ideas se dispuso á emprender su caminata hácia la sierra de Altomira, sitio designado para cometer el crimen, y donde hacia mas de ocho dias estaban los compañeros de Ataulfo, teniéndolo todo preparado para cuando llegase la ocasion de dar el golpe.

En tanto López y German, solo pensaron en salvarse con las muchas riquezas que tenian atesoradas.

Su principal cuidado fué abandonar el palacio. Recogieron todo lo mas precioso que en él habia, y tomando una silla de posta partieron rápidamente hácia los Pirineos con objeto de introducirse en Francia ántes de que pudieran perseguirlos. De este modo quedaron libres los culpables miéntras que muchos de los infelices criados de la baronesa fueron, aunque inocentes, reducidos á prision.

La autoridad registró todo el palacio, y como el conde manifestase que debia tener muchas comunicaciones secretas, se procedió á quitar todos los cuadros que por casualidad se salvaron de la rapiña de los tres cómplices.

Detras de uno de gran tamaño y de escaso mérito, que hallaron en el gabinete de Flora, apareció la entrada al pasadizo secreto que conducia al palacio de Florini y á la casita de la calle del Sordo.

La Corneja se encontraba recogiendo sus riquezas para colocarlas en parte segura, cuando sintió ruido de muchas personas que hablaban detras de la puerta secreta.

— ¡Soy perdida! murmuró con espanto, abrazándose á un enorme saco de lana donde ya tenia recogidos todos sus efectos.

Las voces y los esfuerzos, continuaban al otro lado del cuadro que cerraba la entrada.

— ¡ Ah ! por fortuna no encontrarán tan pronto el secreto, que solo conoce la baronesa, murmuró la horrible vieja, lanzándose como un rayo hácia el jardin, el cual atravesó de un par de saltos, y abriendo

la puertecilla que ya conocen nuestros lectores, se dirigió hácia una callejuela estrecha, situada en la calle de Atocha.

Rendida de fatiga y angustiada por el susto que acababa de sufrir en el palacio de Florini, se detuvo á la puerta de un cuarto principal en una casita de modesta apariéncia.

Abrió con trémula mano, y despues de penetrar en una pequeña salita humildemente amueblada, se dejó caer en una silla exclamando :

— ¡ Gracias á Dios que estoy en seguridad !

El repugnante y feísimo rostro de la Corneja respiraba la mas viva satisfaccion al encontrarse en terreno propio, libre de sustos, y pudiendo con entero desahogo contemplar su miserable ajuar y el arca de sus riquezas, objeto principal de todas sus ansias.

Su primer cuidado fué dirigirse á la alcoba, y abriendo un armario que estaba embutido en la pared, hizo girar un secreto ; presentóse un oculto cajoncito, en cuyo fondo guardaba cuidadosamente la desvencijada y mugrienta maletilla, que ya en otra ocasion han visto nuestros lectores en el palacio de Florini. Teníala casi llena de oro y de alhajas, con las que puso el dinero que la entregaron López y German ; despues se despidió, con apasionados besos y con tiernas caricias, de aquel caudal que gozaba en tener escondido, y volviendo á cerrar cuidadosamente, salió á recorrer las demas habitaciones del reducido cuartito, que estuvo inspeccionando una por una, temerosa quizá de que algun ladron se hu-



biese introducido en su ausencia. Satisfizola sin duda el exámen, pues á poco volvió á marchar envolviéndose en un largo manto que la cubria casi por completo.

El dia estaba frio y amenazando lluvia ; sin embargo, llevada de su sórdida codicia, no se detuvo un momento, y acelerando el paso segun la permitian sus endebles piernas, llegó á la calle del Lavapiés, á su antigua hosteria.

Atocha, llorosa todavía, estaba á la puerta.

— Hola, hija mia, la dijo la Corneja, ¿ no hay por aquí alguno de los chicos ?

— Juan y el Chato están preparando los caballos para marchar á reunirse con Ataulfo.

— Sí, pues me voy con ellos.

— ¿ Tambien formáis parte de la caravana ?

— Tengo que entregar á la señora una carta urgente, y dar un aviso amistoso á tu amante ; ¿ quieres algo para él ?

— ¡ Ay ! ¡ solo quisiera su amor ! pero temo mucho que las secretas empresas que tan distraido le traen, le hagan olvidarme.

— Fácil es, nunca te creas de los hombres ; ¡ son tan volubles ! y cuando saben que se los quiere de véras, peor ; se hacen los interesantes y son capaces de matar con sus desdenes á la infeliz que se deja dominar por ellos.

— ¡ Cómo los conocéis, señora Corneja !... murmuró Atocha con doloroso acento.

— De algo me han de servir las canas y los desen-

gaños. Y si aprecias mi consejo no hagas caso de Ataulfo, olvida su amor, porque la libertad te será mas provechosa que el yugo con que te sujeta, y abandona hoy mismo esta casa.

La infeliz jóven rompió á llorar amargamente; eu tanto la Corneja fué á reunirse con el Chato, y poco despues, montada á las ancas de su caballo, atravesaba con celeridad la calle del Lavapiés, dirigiéndose á un trote largo hácia la carretera de Cuenca.

En tanto Atocha, recordando el tono misterioso con que la mandó dejar la tienda, y no conociendo sino á médias las intrigas en que la tenia envuelta, se dispuso á seguir el consejo, para lo cual recogió los efectos de mas valor, y muchos papeles de Ataulfo que podian comprometerla, y dejando la casa cerrada, se fué á la calle de la Cabeza, donde habitaban unas anigas de su amante.



## CAPÍTULO XXIX.

### LA CONVALECENCIA.

---

Miéntras la noble y angelical marquesa de Pináres, Rafael y Honorata se hallaban amenazados por un peligro inminente, en casa de Leticia se celebraba una fiesta á la cual asistia el conde con sus hijos, muy ajenos en verdad de la desgracia de sus buenos y leales amigos.

En un magnífico salon decorado con muebles, aunque antiguos de mucho valor, profusamente iluminado con la espléndida luz de multitud de bujías, se encontraban Leticia con sus dos hijas Blanca y Emelina cerca del piano; la marquesa del Rio y doña Aurora formaban un grupo junto á la chimenea, acompañadas del conde de Cinkar.

Edelmira, su hermano Arturo y don Constantino López, ocupaban asientos inmediatos á Emelina.

— ¿Cómo te sientes, hija mia? dijo á esta Leticia mirándola con tierno interes.

— Muy bien, querida mamá, y animada para escuchar la romanza que Blanca y el señor conde han tenido la bondad de dedicarme.

— Ahora mismo la cantaré, si mi querido maestro tiene á bien acompañarme, contestó Blanca.

— De vos hablan, señor conde, le dijo la marquesa del Rio, cortando la conversacion que seguían.

— ¡Hola! ¿de qué se trata? exclamó el italiano levantándose con prontitud.

— De distraer á la enferma, repuso Edelmira.

— Acaba de manifestar su deseo de oir ejecutada por vos y por su hermana la romanza que habéis compuesto expresamente para celebrar su convalecencia.

— ¡Oh! y es deseo justísimo, que vamos á satisfacer en este momento.

El conde quitándose los guantes se sentó al piano agitando el teclado con un brillante preludeo.

En tanto que los concurrentes á aquella fiesta de familia se embriagaban con las deliciosas notas de la música, escucharemos algunas de las conversaciones que tenian lugar entre los varios individuos de tan escogida reunion, diseminados en diferentes grupos.

Leticia fué á ocupar cerca de la chimenea el sitio que dejó el conde, y Arturo, aprovechando la oportunidad, tomó el que esta señora dejó vacante al lado de Emelina. De manera que la interesante Flor del Espino y el tímido Sebastian se encontraron reunidos, y hubiéranse mirado frente á frente á no impedirlo el rubor que coloró súbitamente sus mejillas, al verse por primera vez, despues de mucho tiempo, en disposicion de hablarse sin testigos ó por lo ménos sin que los oyesen.

El jóven pintor don Constantino sentóse en frente de Blanca, y dejándose llevar de una emocion profunda y conmovedora la contemplaba con una mirada intensa, fija, llena de amor, y que revelaba con claridad el estado de su alma.

Edelmira era la única que en medio de todos se hallaba sola con su pensamiento. Ocupó el otro extremo del piano y al propio tiempo que oía la melodiosa voz de la jóven cantora, y los dulces acordes que producía el teclado bajo las hábiles manos del conde, dejaba escapar un suspiro de su pecho y una lágrima ardiente de sus ojos.

Nadie, sin embargo, advirtió aquel dolor mudo, aquella agonía silenciosa y grave que enervaba el alma de la hermosa niña, aniquilando sus fuerzas y destruyendo poco á poco su combatida y débil organizacion.

— Cómo os sentís, ¿mi querida amiga? dijo Arturo á Emelina, rompiendo el silencio en que estaban.

— Muy bien, ¿y vos?

— Yo, siempre bueno, y alegre al veros por fin convaleciente de una enfermedad tan penosa, durante la cual hemos temido mas de cuatro veces por vuestra vida.

— ¿Segun eso me habéis visitado con frecuencia?

— Á todas horas hemos venido, y ya mi padre ó yo apénas nos hemos separado de aquí.

— Nada recuerdo; empero os doy mil y mil gracias por haberos merecido tan afectuoso interes en esta amarga crisis de mi pobre existencia.

— Siempre os he profesado el mismo, bien lo sabéis.

— Es verdad.

— Ó quizá no lo recordéis tampoco; ¡ como siempre la recompensa de mi cariño ha sido la indiferencia!...

El tono de triste queja y la dulce mirada con que Arturo acompañó estas palabras, hicieron sonrojar á Emelina.

— No hablemos de lo pasado, contestó.

— Hablaremos entónces del presente ó del porvenir, como gustéis.

— Sí; es mucho mejor para vos que os sonríe un destino próspero y risueño.

— ¿ Me juzgáis tan dichoso?

— ¡ Quién lo duda habiendo recobrado el nombre ilustre que os pertenece, al par que un padre tiernísimo y una hermana cariñosa!

— Tambien habéis hallado vos una madre, un nombre, una posición, y os sonríe un porvenir de gloria.

— En ese caso estamos iguales, y ambos somos dichosos, dijo Emelina, dejando sin embargo escapar un suspiro de su pecho.

De los húmedos ojos de Arturo se deslizó una lágrima.

Los dos jóvenes callaron sin atreverse á romper el silencio. La lucha que en su corazón sostenían era terrible. Él, amándola cada día con mas delirio, y sin atreverse á ofrecerla su mano porque ignoraba

la voluntad de su padre y el destino que le reservaba. Y ella combatiendo en su pecho el recuerdo de Rafael, y procurando odiarle con sus cinco sentidos, porque su amor propio hallábase herido por el mas cruel de los desengaños.

Conocia el amor que Arturo la profesaba, y le hubiera aceptado desde luego, siquiera fuese por orgullo, y porque su infiel amante la juzgase insensible á un golpe tan atroz que la puso á las puertas de la muerte. Su mayor afan era que la familia de Pináres ignorase su enfermedad, y su mas vivo deseo el presentarse ante Rafael con la frente alta y serena, mostrando en sus ojos el desprecio y la indiferencia. ¿Cuánto mas grato la hubiera sido presentarse del brazo de un esposo tierno, apasionado y mas ilustre aun que el mismo Rafael?

Estas ideas batallaban en su mente, las que procuraba ocultar con artificioso cuidado, esperando que Arturo la instase mucho para concederle su cariño. Ya hemos dicho el motivo que sellaba los labios del tímido jóven, y aunque en su alma ardia un volcan, tuvo fuerzas para sufrir y callar.

La romanza habia terminado, y los entusiastas aplausos continuaban resonando, cuando Blanca aceptó el asiento que don Constantino la ofreció á su lado.

— Estaréis fatigada, prima mia, la dijo el pintor.

— No por cierto, contestó con una dulce sonrisa, y animada por su natural alegría continuó diciendo: sin embargo admito el asiento por estar junto á vos.

— ¿Nada mas que por esa circunstancia?

— ¿Y por qué otra pudiera ser? ¿os parece que no me es grata vuestra compañía?

— Creí os sería por lo ménos indiferente; porque nunca, por mas que lo deseo, puedo obtener de vos una muestra de cariño.

Los ojos del pintor, al decir esto, fijáronse en la jóven demostrando en su mirada toda la ternura de aquel corazón entusiasta.

— Nunca me las habéis exigido.

— Porque la insensibilidad de vuestra alma os ha impedido ver lo que pasaba en la mia.

— ¿Y qué pasaba? contádmelo, replicó riendo.

— ¿Lo tomáis á risa?

— No á fe; y mucho ménos al ver la gravedad de que habéis revestido vuestro rostro.

El carácter de Blanca, enteramente opuesto al de su hermana, no se dejaba abatir por desengaños ni contrariedades, ostentándose siempre franco, expansivo y alegre. Ni era capaz de sentir un amor profundo, de esos patéticos que duran toda la vida, ni un grave rencor; así fué, que de igual modo amó á Carlos, que le olvidó despues, mirando su ingratitude con la misma indiferencia que si nada hubiera pasado.

El amor que leyó en los ojos del pintor fué para ella una nueva vida, un nuevo y dilatado horizonte, en el que su alma vislumbraba mil y mil ilusiones, y su fantástica mente soñó un porvenir de inmensas delicias.

Desde luego contaba con el asentimiento de su buena madre; pues habiendo conocido el interes de